ONTRERAS CAMARGO ▭ LEOPOLDO LOPEZ DE SAÁ

L ÚLTIMO SUEÑO DE MOZART

COMEDIA ANECDÓTICA
UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA
CON ILUSTRACIONES MUSICALES DE MOZART

MADRID. Sociedad de Autores Españoles, Prado, 24

EL ULTIMO SUEÑO DE MOZART

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elltimosueodemoz00cont

E. CONTRERAS CAMARGO y L. LOPEZ DE SAÁ

El último sueño de Mozart

COMEDIA ANECDÓTICA

EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

1926

Imp. MORALES, Mantuano, 11

MADRID

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria. Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representatiòn, de traductión et de reproductión rèservès pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hâllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Personajes del prólogo

Sra. Gretel (30 años), Mujer del dueño de la bodega.
Fritz (35 años), Dueño de la bodega.
El Incógnito (edad indefinida).
Baltus (25 años), Estudiante.
Holbeing (40 años), Mercader.
Hermann (22 años), Cantador de lieders.
Leopoldo Mozart (30 años).
Schaftner, Amigo de Mozart.
El niño Juan Mozart.
La niña Maria Ana Mozart.

722859

PROLOGO

nterior de «LA ESPITA DE PLATA» en Saltzburgo. Predominan en ella los tonos obscuros del nogal. Al fondo y a la derecha del espectador, gran ventana cuadrada de vidrios circulares por la que se descubrirá confusamente el poblado a la luz de la tarde. A la izquierda, casi en el ángulo del muro del fondo, la puerta que da acceso a la calle. Junto a esta puerta, siempre en el fondo, un gran barril o pipa sobre una tijera de boj. Entre èsta y la ventana, un viejo reloj de caja, de los llamados de cuco. En el último término de la izquierda, un pequeño mostrador con jarras de barro y platos. Cerca del muro de la derecha, un viejo clavicordio. En primer término lateral derecha una puerta, para llegar a la cual, hay que subir tres escalones. En el centro una pequeña mesa de nogal y donde se juzgue conveniente otras dos o tres mesas más. Taburetes, etc.

Baltus, en traje de estudiante aleman. Redingot, la camisa abierta enseñando parte del pecho, los cabellos sueltos, y a la cabeza el pequeño casquete con la borla. Usa calzón, media y zapatos negros. Sale con una larga pipa de porcelana en la mano, seguido de Holbeing, personaje vulgar que viste como los burgueses de la época; casaca y calzón color de avellana, chupa verde y peluca de rojo cobre. Al tiempo de entrar en la bodega estos personajes, desciende Gretel por la puerta de la derecha. Usa traje a listas, jubón y cofia.

Tarde norteña; luz de fondo, gris con pasajeros veteados de sol poniente y sombras verdosas de los árboles sobre los cristales. Baltus se despoja del redingot, arrojándolo sobre un taburete.

ESCENA PRIMERA

BALTUS, HOLBEING y GRETEL

BALTUS. Buenas tardes, señora Gretel.

GRETEL. ¡Dios les traiga!

BALTUS. A este y a mí. Mis pasos van ante los suyos para protegerle del mal de ojo. No

es de la *Burschenschaft* (1), pero se llama Holbeing y engaña al prójimo. Es comerciante.

GRETEL. (*Saludando.*) Bien venido sea.

HOLB. (*Acomodándose junto a la mesa del centro.*) Traednos una jarra y vasos.

BALTUS. (*Imitándole.*) Y los cubiletes. A ver si dentro está el diablo.

GRETEL. (*Enfadada.*) Señor Baltus, no me gustan las impiedades, ni que se nombre al mal espíritu en mi casa. Ya lo sabéis...

BALTUS. No queréis que se le nombre porque le tenéis en los toneles... ¡Mal espíritu! ¡Alcohol infernal! ¿Se lo vendísteis vos, Holbeing?

HOLB. ¡Dejadme de bromas!

GRETEL. ¡Grosero! (*Mohín de desprecio.*) ¡Estudiante al fin!

BALTUS. No invirtáis los términos, mamá Gretel. Estudiante al fin es el que acaba, cosa que no pienso que suceda jamás. Y ¡al fin estudiante! es como decir estudiante en toda ocasión... ¡Ay, señor Holbeing! ¡Qué curso abreviado es la vida!

HOLB. ¡Y a mí qué me importa! Me basta con ganaros vuestros «reixdales», en justa compensación de los que me ganásteis ayer...

BALTUS. No tenéis ambición. Son pocos. (*La señora Gretel se dirige al mostradorcillo y trae*

(1) Familia de los estudiantes.

los dos jarros.) En cambio procuraré que los vuestros vengan a mí, para evitar que los remordimientos os despierten de noche a los gritos de las monedas... «¡Señor Holbeing, me habéis dado gato por liebre!» «¡Señor Holbeing, sois un ladrón!»

HOLB. ¡Señor Baltus, esas palabras...!

BALTUS. En resumen, ¿preferís el dado alemán...? En la vieja Prusia nadie juega a las cartas, no siendo nuestro Rey Federico con el gran Voltaire.

HOLB. ¡Sois un charlatán imposible y un pedante ridículo!

GRETEL. (*Desde el mostrador y como apurando su paciencia.*) En fin, ¿qué queréis?

HOLB. Cubiletes.

BALTUS. ¡A no ser por lo que fraternizamos en nuestras borracheras, ahora mismo os hundía la pipa en un ojo! (*Juegan.*)

ESCENA II

Dichos y FRIZT. Entra Frizt por la puerta que da a la calle. Viste casacón oscuro medias claras y peluca negra.

FRITZ. (*Quitándose el sombrero al entrar.*) Salud, Baltus y la compañía.

BALTUS. Salud, amigo... (*Juegan.*)

GRETEL. (*A su marido.*) Supongo que vendrás de donde siempre.

FRITZ. ¿Y qué mal hay en ello?

GRETEL. Ninguno. (*Cruzándose de brazos, furiosa.*)

FRITZ. Finges una crueldad que no sientes. ¡Pobres vecinos!

GRETEL. Pobre del que se acostumbra a pagar lloros ajenos... ¿Y era para eso la cartita?

FRITZ. ¡Gretel...!

GRETEL. Creo que antes son nuestros hijos que los hijos del prójimo.

FRITZ. No, si tienes razón...

GRETEL. ¡Y tanto! ¿Te parece bien que lo que habías de emplear en las dotes de Margarita y Katel...

FRITZ. (*Ponderando en burla.*) ¡Oh, Margarita y Katel, que caben bajo el cubilete del señor Baltus!

GRETEL. Pero el tiempo pasa.

FRITZ. Viéndote lo veo.

GRETEL. ¡Eres un imbécil! Las coronas que entregas a esos pobretones de Mozart, mañana te harán falta.

FRITZ. ¡Bueno! ¡Déjame en paz! ¡Dios sobre todo!

GRETEL. ¡Dios! ¡Dios! (*Cruzándose de brazos mientras golpea el suelo con el pie.*)

BALTUS. Señora Gretel, no me gustan las impiedades. (*Parodiándola.*)

GRETEL. (*Furiosa.*) ¿Y a vos quién os llama? ¿Quién os mete en lo nuestro?

BALTUS. (*Levantándose.*) ¡Bah! Haceis bien, Fritz.

HOLB. (*Siempre junto a la mesa.*) ¿Pero... jugáis o no jugáis?

BALTUS. ¡Idos al diantre! ¡Jugad solo!

HOLB. Eso no es lo tratado.

BALTUS. Callad y bebed, u os dejo tuerto definitivamente. Me interesa lo de los Mozart. ¿No es ese el maestro de Capilla del Arzobispo?

FRITZ. Un hombre de bien a quien socorro a veces.

BALTUS. ¡Un gran músico!

FRITZ. Pero aún es mejor lo que tiene en casa...

BALTUS. ¿Sus hijos?

FRITZ. Sí. Ana, María y Juan. Este sobre todo.

BALTUS. Me hablaron de un prodigio, en el que no creo.

FRITZ. Pues ya juzgaréis, que no tardarán, y antes de subir a su cuarto los niños obligan al padre a entrar en mi bodega. ¡Os haréis cruces! El pequeño, que aún no ha cumplido los seis años, con sus quince pulgadas de estatura, toca como un maestro... Ve el clave y le brillan los ojos... Nada como eso le distrae y le entusiasma... y, ¡mirad...! Cuando le veo encaramarse a la banqueta y recorrer con sus manecitas el dócil marfil, me descubro, inclinándome como ante el Sagrario, porque me parece que es Dios el que toca.

BALTUS. ¿No exageráis?

FRITZ. Que mi mujer lo diga.

GRETEL. En eso no miente. Yo lo he visto.

BALTUS. Es extraño.

FRITZ. Una cosa sobrenatural; Su Grandeza el Arzobispo, al oirle, se quedó absorto... Dice que se trata de un milagro con el que Dios quiere probar su inmenso poder favoreciendo con su gracia a su honrado maestro de Capilla.

BALTUS. Ya que él no le favorece todo lo necesario.

GRETEL. ¡No seais imprudente!

FRITZ. Y muchos nobles que al saber esto por su Grandeza han querido oirle, no pudieron contener su asombro... El niño es ya célebre en Saltzburgo, y creo que hasta en Viena se habla de él.

HOLB. (*Incorporándose al grupo.*) Es una generación de arte la que llega. Yo vengo de Francfort, y allí hay otro niño cuya precocidad asusta. Es poeta; dicen que hace unos versos admirables y se llama Goethe.

BALTUS. Habrá que convenir en que los que vienen nos aventajan. Pues a pesar de lo que ha dicho vuestra mujer, amigo Hagenaüer, esos artistas son dignos de estímulo. Debe ayudárseles... Haciéndolo, realizáis una buena obra. ¿No tributamos por los príncipes, que...

FRITZ. ¡Baltus...!

GRETEL. ¡Si os oyeran...!

HOLB. ¡Y por otros que aún valen para menos!

BALTUS. Perdonad. En boca de estudiante nada tiene valor. Ni aun la ciencia. Ya es más grave en labios de un hombre de comercio, señor Holbeing... (*Registrándose los bolsillos de donde saca algunas monedas.*) Tomad, Fritz, tomad... (*Dirigiéndose a la mesa de la que recoge el dinero de Holbeing, que añade al suyo y ofrece a Fritz.*) ¡Tomad! Para contribuir a vuestra buena obra.

HOLB. (*Interponiéndose rápidamente y sujetándole la mano.*) ¿Qué hacéis?.

BALTUS. Voy a purificar vuestro dinero.

HOLB. Sois un impertinente y un tramposo... ¡No lo consiento!

BALTUS. (*Riendo sin hacerle caso.*) ¡Tomad maese Hagenaüer, tomad...! Para los músicos.

HOLB. (*Rabioso.*) ¡Que trabajen...!

BALTUS. ¿Os parece poco trabajo el de esperar la gloria merecida?

HOLB. ¡De vuestro dinero podréis disponer a vuestro antojo, pero del mío...!

BALTUS. (*A Fritz sin atender a Holbeing.*) Dádselo delicadamente y si os preguntaran respecto de su procedencia, decidle que maese Holbeing, honrado comerciante de Heidelberg se halla dispuesto a sacrificar su fortuna por ese niño prodigioso.

HOLB. ¡Un diablo...! ¡Pecador de mí...! ¡Me hacéis desvariar! ¡Me robáis!

BALTUS. Mercader... os imito.

FRITZ. (*Viendo el titubeo y la desesperación de Holbeing.*) ¡Ea, señor Baltus, dejáos de chanzas!

BALTUS. ¡Ah! ¿No queréis...? Pues yo cumpliré mi propósito. Y ahora señor Holbeing, os juego el último florín que me queda. ¡Atención! (*Sentándose ante la mesa.*) Voy a sacaros la cena y la cama de esta noche.

HOLB. ¡Y yo a vos las entrañas! (*Situándose frente a Baltus. Gretel vase por la puerta de la escalerilla.*)

BALTUS. ¡Si las pagáis bien, os las vendo!

FRITZ. (*Que ha ido al mostrador y vuelve con otros dos jarros.*) Vayan dos jarros por mi cuenta para acompañaros las trampas. (*Baltus y Holbeing juegan.*)

BALTUS. Os hice schoot.

HOLB. ¡No lo paso!

BALTUS. He aquí mis quince puntos.

HOLB. Os he visto volver el dado con el meñique.

BALTUS. ¡Mentís...! Ahora es mentira.

HOLB. ¡Fullero...!

FRITZ. ¡Paz, señores!

BALTUS. ¡No olvidéis que soy la primera espada en la Universidad de Heidelberg...!

HOLB. ¡De eso os valéis...! ¡Infame!

BALTUS. ¡Já, já...!

HOLB. ¡Devolvedme mis escudos o si no... (*Amenazándole.*)

FRITZ. Eso es negocio vuestro; pero quedas las manos.

BALTUS. (*Riendo y cantando.*)

«Monedas, monedas mías,
ya caísteis en la red
como caerán las hermosas
mientras vosotras sonéis.»

(*Al oirle Holbeing corre enfurecido hacia el mostrador y coge un plato para arrojárselo a la cabeza. Fritz le sujeta. Baltus ni siquiera se vuelve y sigue riendo.*)

FRITZ. ¡Eh, amigo...! ¡Cuando queráis tirar algún plato, cogedlo de vuestra vajilla...! (*Baltus se sienta tranquilamente.*)

BALTUS. ¡Dejadle Fritz! Es que calcula a cuánto os saldrá la docena.

HOLB. ¡Canalla! ¡Fuera espero!

BALTUS. (*Se levanta al oirle y Holbeing, lleno de miedo, corre hacia la puerta.*) ¡Adios, Holbeing, os aguardo esta noche en «El Cuerno de Oro». La correremos juntos.

ESCENA III

Dichos. HERMANN y GRETEL

HERM. (*Entra precipitadamente y con aire de extravio atropellando casi a Baltus. Lleva un bandolín a la espalda.*) ¡Cerrad! Cerrad pronto! (*Lo hace él mismo.*)

BALTUS. ¿Eres tú, Hermann?

HERM. ¡Me persigue...!

FRITZ. ¿Quién?

HERM. ¡El!

BALTUS. ¿Holbeing?

HERM. ¡Al diablo vuestras chanzas! ¡El hombre negro!

BALTUS. ¡Otro que tal! ¿Ya estás borracho?

GRETEL (*Apareciendo en lo alto de la escalera que da acceso a la puerta lateral.*) No; no está borracho... ¡Es él! ¡Esta es su hora! Si fuérais curiosos le veríais bajar del Mouschsberg y deslizarse luego por el malecón a pasos lentos y con los ojos encendidos como luciérnagas... al mismo tiempo que se extiende una sombra extraña por las calles de Saltzburgo... Todos los vecinos lo saben...

BALTUS. ¿Y qué?

GRETEL. Todos le temen. Porque dicen que trae maleficio.

BALTUS. ¡Bah...! ¡Necia superstición...!

GRETEL. Cuentan casos... que ponen los pelos de punta. Siempre que vaticina una desgracia no tarda en ocurrir, y parece que se complace en presagiar desdichas... Hace muy poco se hablaba aquí una tarde de la pobre Eliet...

BALTUS. Sí, lo recuerdo.

GRETEL. ¿Y recordáis que predijo que moriría antes de dos semanas?

BALTUS. Perfectamente. Lo pronosticó compa-

deciéndola, porque conocía su enfermedad.

GRETEL. Pues ya lo vísteis... a los quince días justos la enterraron.

BALTUS. ¿Y a quién puede sorprenderle? Eso no prueba sino que ve más claro que los que se dedican a curar a sus semejantes.

HERM. ¡Y que echa el mal de ojo!

GRETEL. ¿Y cuando la epidemia?

BALTUS. ¡Oh...! Maese Hagenaüer, aconsejad a vuestra mujer que no nos venga con cuentos de niños!

FRITZ. Puede que lo sean, señor Baltus. Yo no soy pusilánime; pero en ese hombre hay algo incomprensible... Parece que lee en el porvenir.

BALTUS. Aunque así fuese, no influiría en el destino de los demás. Eso está bien para meter miedo a las criaturas...

(Abrese en este instante el postigo del reloj de caja y sale el cuco cantando la hora. Anochece. Gretel sube rápidamente y vuelve con un velón encendido. Lejos, en son confuso y grave de doloridas vibraciones, el reloj de la Catedral confirma la hora.

BALTUS. Es extraño que coincidan dos relojes más que dos personas de sentido común.

FRITZ. *(Gravemente y mientras escucha.)* ¡Callad!

ESCENA IV

Dichos y el INCOGNITO. Hay una breve pausa; ábrese de pronto la puerta y aparece el Incógnito. Viene en traje corriente oscuro con el sombrero puesto. Su fisonomía es severa y pálida. Unicamente sus cejas se prolongan un poco hacia arriba, dándole cierto aire de simplicidad y misterio. No carece de distinción y elegancia. Todos menos Baltus retroceden al verlo. Gretel se santigua.

NCOG. (*Tranquilo y sonriente.*) ¿Pero... qué os asusta de mí?

FRITZ. ¿Quién sois?

INCOG. ¡Y qué os importa! No creo que nadie deba entrar en un establecimiento público exhibiendo su pasaporte.

BALTUS. Cierto... pero vuestro aire extraño...

INCOG. Preocupa a los superticiosos. ¿No es eso? ¡Bien de perjuicios me acarrea a mí! ¡A un hombre plácido y discreto que sólo aspira a presenciar la ventura ajena!

GRETEL. Entonces... ¿Sois un desgraciado? (*Curiosa y acercándose un poco.*)

INCOG. Tal cual, señora (*Su voz suena a epigrama.*)

HERM. (*En impetuoso reproche.*) ¡No es verdad, no! Yo, que cantando mis lieders (1), sigo un vagar eterno, os vi siempre como un fantasma.

(1) Dígase «luder».

INCOG. (*Sentándose en el fondo.*) Soy ciego por la música y la poesía... Conque dejadme en paz y dadme vino de Johannisberg, buen hombre. Digo, a no ser que temáis que de mi jarra broten chispas como al personaje de la leyenda de Auerbach.

FRITZ. Yo nada temo; soy cristiano y hombre de bien. (*Sirviéndole.*)

BALTUS. ¡Ya, ya, perro viejo! Hay pobres diablos que hacen valer su aire misterioso...

INCOG. ¡Si yo no soy misterioso, compadre Baltus!

BALTUS. (*Extrañado.*) ¿Me conocéis?

INCOG. ¿Quién no conoce al estudiante sempiterno de la «Burschenschaft»? Llegaréis a médico algún día; el absurdo se impone.

BALTUS. ¡Muy delicado!

INCOG. ¡Cantad, Hermann! ¡Cantad vuestros lieders! Si queréis os acompañaré al clave. (*Levantándose.*)

GRETEL. ¡Oh, no! ¡No! (*Precipitándose hacia el piano.*)

FRITZ. ¡No, perdonad, no lo toquéis!

INCOG. (*Confuso.*) Pues... ¿Quema?

BALTUS. Si eso fuese no os diríamos nada.

INCOG. (*Riendo.*) ¿Me tomáis por el diablo?

GRETEL. ¡Jesús! (*Santigüándose a escondidas.*)

INCOG. ¡A mí! ¡Vaya! Me resignaré a tomar vuestro vino. (*Vuelve a sentarse.*)

GRETEL. Ese clave solamente lo tocan las ma-

nos de un niño prodigioso.

INCOG. Mozart.

BALTUS. ¿También le conocéis?

INCOG. ¿Y quién no?

BALTUS. (*Parodiándole y como si fuera muy fácil no ponerlo en duda.*) ¿Y quién no?

INCOG. Es ya famosa esa criatura... Dicen que ha pocos días cogió por primera vez el violín y se reveló como un virtuoso.

FRITZ. Así es en efecto.

INCOG. ¡Excelente viña la que prodiga este licor...!(*Tras de paladearlo y elevando la jarra*)

BALTUS. Os gusta, ¿eh?

INCOG. (*Ofreciéndole la jarra, vuelve a ponerse en pie como si fuera a suceder algo extraordinario.*) ¿Queréis?

BALTUS. (*Apoderándose de la jarra.*) ¡Ya lo creo! (*Todos hacen un movimiento como para impedirlo. El Incógnito les observa y sonríe burlonamente.*)

HERM. (*Aparte a Baltus.*) No bebas.

BALTUS. ¡Calla! ¡Que más quisiera yo, sino que viniera todas las noches Satanás a ofrecerme una copa de vino del Rhin con tal de no pagarlo! (*Después de beber.*) ¡Excelente...! ¡Camarada, sois todo un hombre! (*Tendiéndole la mano mientras se limpia con la otra los labios.*) (*Se oye dentro un cántico alegre.*)

FRITZ. Ahí están (*Con júbilo.*)

GRETEL. Sí; los de costumbre; Mozart con su amigote Schaftner.

INCOG. (*Con alegría poniéndose en pie.*) ¡Mozart!

BALTUS. Si efectivamente no le conocéis, ahora tendremos ocasión...

ESCENA V

Dichos. LEOPOLDO MOZART. ANA MARIA. JUAN y SCHAFTNER. Entra Leopoldo Mozart, llevando de la mano a los niños Ana María y Juan tal como los reproduce el cuadro de Carrogio. Tras ellos entra Schaftner.)

LEOP. ¡Amigos míos, buenas noches!

SCHAF. Salud.(*Trae en la mano un estuche de violín.*)

GRETEL. (*Corriendo hacia los niños.*) ¡Oh! ¡Sois dos ángeles!

FRITZ. (*Golpeando en la espalda a Leopoldo.*) Mucho los exponéis.

LEOP. Sí, la niebla es fría...

GRETEL. Van muy abrigados. ¡Juanito!

MOZ. Buenas noches, señora Gretel.

BALTUS. Caballerito... (*Haciéndole una cómica inclinación.*)

MOZ. (*Mirándole fijamente.*) A ti no te conozco.

BALTUS. Yo a ti, sí; sé que eres un gran músico.

LEOP. Niño, se responde de otra manera.

INCOG. (*Acercándose por detrás de todos y presentándose de repente.*) ¿Y a mí? (*El niño da un grito y corre a refugiarse en los brazos de su padre.*)

LEOP. Caballero, ¡disimulad! Se asusta de todo.

INCOG. No me extraña.

GRETEL. Ni a nadie. Ven, María Ana, ven. (*Toma en brazos a la niña y se la lleva aparte, cogiéndola la mano y obligándola a que haga la señal de la cruz.*) Haz con tu manita la señal de la cruz. (*Observando al Incógnito que habla con todos.*) Si no es el diablo, por lo menos es un hombre bastante feo.

ANA. (*Gritando al Incógnito.*) Eres muy feo... Tú, tú...; lo dice la señora Gretel...

GRETEL. ¡Calla, chiquilla, calla!

ANA. Pues bájame. (*Gretel lo hace y María Ana corre hacia el Incógnito, poniéndose a su lado y diciéndole descaradamente.*) ¿Me quieres? (*El Incógnito se descubre haciendo más ostensible, con su ancha frente y su gesto torcido, su aspecto diabluno. Posa la amplia mano sobre la cabeza de la niña y dice filosóficamente.*)

INCOG. ¡Cómo se conoce que eres mujer...! (*Hablan bajo el Incógnito, Leopoldo, Fritz y Hermann, Baltus se separa de ellos para dar un tiento a la jarra. Gretel se va por la derecha haciendo aspavientos por las últimas frases del Incógnito. En la entrada que da acceso a la calle aparece Holbeing con aspecto de contrita humildad.*)

ESCENA VI

Dichos y HOLBEING

HOLB. Baltus...

BALTUS. ¡Hola, Holbeing! ¿Os arrepentísteis?

HOLB. No me halló sin vos. Mis escudos son vuestros.

BALTUS. Ya lo sabía. Llegáis a tiempo. (*Bebe.*)

LEOP. (*A los del grupo.*) Es incomprensible. En ocasiones me admira y me aterra, creyendo que en el alma de mi hijo late un instinto maravilloso.

INCOG. No lo dudéis.

LEOP. El señor arzobispo me aseguró que si lo presentara en la Corte la Emperatriz lo protegería.

INCOG. Es muy aficionada a la música.

FRITZ. Y muy buena.

LEOP. Pero... ¿cómo hacer el viaje? ¡Cuesta tanto!

FRITZ. ¡Bah...! No os apuréis. Si es por eso, contad con lo que os haga falta.

LEOP. Es demasiado... Y ya me habéis favorecido bastante.

FRITZ. No importa. Me lo devolveréis cuando podáis. ¿En qué emplear mejor el dinero que en ayudar a que triunfe una gloria de nuestra patria?

INCOG. Tal vez estuviese mejor empleado en proporcionar hoy a esa gloria las distracciones que pide su edad.

LEOP. ¡Si no se divierte con nada, ni hay para él juego como la música! ¡Sólo eso le atrae! (*Señalando al clavicordio.*) No hay nota rebelde ni tecla indócil a su mano. Ante un clave se ensimisma, se siente

dichoso... Ya lo estáis viendo... (*Lo dice señalando a su hijo que ha ido acercándose al clave como sugestionado mirando insistentemente al autor de sus días, e interrogándole suplicante con la mirada.*)

MOZ. ¡Papá...!

LEOP. Sí, hijo mío, sí. (*Sentándole en la banqueta. Ana María se coloca a la derecha del clave con su papel de música.*)

HOLB. ¡Vamos a oirle...!

BALTUS. Sí, callad. No habéis merecido esa suerte.

LEOP. Schaftner, ¿me prestáis vuestro violín? Sacándolo estaba. Tomad. (*Expectación. Mozart empieza a tocar. Leopoldo le acompaña con el violín, pero lentamente va retirándose dejando sola la voz del piano. El niño ya no sigue el pentágrama. Con la cabeza en alto ejecuta, olvidándose de todo.*)

INCOG. ¡Improvisa, improvisa! ¡El genio es contigo!

BALTUS. ¿Qué decís?

INCOG. Hablo... y lo que hablo no es para vos...

BALTUS. Gracias, compadre.

Dejadme oir. (*Mozart continúa tocando. De pronto ve a su lado al Incógnito y hace otro movimiento de terror. El hombre le mira fijamente y el niño parece tranquilizarse entonces.*)

Apartáos, señor. Sus éxtasis son los que hacen la música. (*Dando el ejemplo va a*

sentarse junto a la mesa, sobre la cual coloca el violín. La niña se sitúa a su lado. Baltus bebe con Holbeing junto al mostrador y observan y comentan en voz baja. Hermann, Fritz y Schaftner constituyen un grupo aparte. Aparece la señora Gretel; resguardada en el quicio de la puerta observa también. Solo, y en uno de los angulos, el Incógnito agiganta su rígida figura cruzado de brazos. El clave bajo los dedos del niño deja escapar inefables melodías hasta que al fin calla y se abstrae.)

LEOP. (*Corriendo hacia él.*) ¡Hijito! ¡Hijito mío! ¿Qué te sucede?

MOZ. (*Tendiendo los brazos a su hermana.*) ¡María Ana!

ANA. No llores, Juanito. Dame un beso.

SCHAF. ¡Magnífico! ¡Cada día más!

BALTUS. ¡Increíble! ¡Es la poesía de la música!

HOLB. ¡Toca maravillosamente! ¿Verdad? (*Apuran el jarro los dos al mismo tiempo.*)

LEOP. (*Curioso al Incógnito.*) ¿Qué os parece, señor?

INCOG. ¡El diablo le inspira!

GRETEL. (*Desde la escalerilla.*) ¡Dios! ¡Dios! (*Rectificando lo que dice el Incógniio.*)

INCOG. Es el genio. ¡Es el mal terrible! ¡La llama que lo devora todo! ¡Pobre de él! (*Avanzando hacia el niño, que vuelve a retroceder espantado.*) ¡La locura mordida por la envidia! ¡El ansia jamás satisfecha! (*A Leopoldo.*) ¡Os felicito, padre feliz! ¡Es un niño demonio el que tenéis!

LEOP. ¡Señor mío!

INCOG. Dulce... divino... sí... pero el genio es lo demoníaco... y el genio es él. Las chispas infernales brillan en las facetas de vuestra joya... ¡padre feliz! Paseadle, exibidle; deslumbraréis al mundo con ello. Os proporcionará la fortuna y el orgullo de que vuestro nombre pase a la posteridad, por la gloria de ser su padre... Pero él...

LEOP. El... ¿qué? (*Con ansiedad.*)

INCOG. ¡Cuántas amarguras le aguardan...! Una vida sin niñez y sin juventud... en lucha perpetua con la incomprensión y la envidia... ¿No lo teméis?

LEOP. ¡Oh, señor...! Yo sabré defenderlo de ellas...!

INCOG. El único medio sería cortándole las alas... y eso no lo permitirá vuestro egoísmo. ¡Pobre de él y pobre de vos!

LEOP. ¡Me desconcertáis...!

INCOG. Ya nos encontraremos y me diréis si acerté en mis presagios... Buenas noches, señores. (*Toma el sombrero arroja una moneda sobre la mesa y desaparece por la salida de la calle, no sin saludar antes ceremoniosamente de una manera extraña. Vuelve a sonar el cuco. Consternación en todos. Leopoldo abraza desesperadamente al niño.*)

LEOP. ¡Oh! ¿Quién es ese hombre?

BALTUS. Un loco, ¿no lo véis? (*Mientras baja el telón vuelve a oirse la voz del Incógnito en tono de mordaz ironía.*)

INCOG. ¡Nos veremos, Mozart! ¡Nos veremos...! (*Telón.*)

FIN DEL PRÓLOGO

EL ÚLTIMO SUEÑO DE MOZART

ACTO PRIMERO

La Corte de María Teresa. Viena, 1773

Personajes del acto primero

La Emperatriz María Teresa.
La Princesa María Antonieta.
Mademoiselle Eva de Choiseul.
Linda de Bouqueval.
Marquesa de Saint Denis.
Constanza Weber.
Eloisa Weber.
Una Camarista.
Francisco I de Alemania.
El Príncipe de Rohan.
Mozart.
El Marqués de Poissy.
Barón de Candillac.
Conde de Auberville.
Gluck.
Haydn.
El Incógnito (José Bálsamo).
Barón de Von Klarik

Damas, Caballeros y Ujieres.

ACTO PRIMERO

LA CORTE DE MARÍA TERESA

Salón de confianza en el Palacio Imperial de Viena. Ricos muebles, cortinajes y ornamentación que hagan olvidar el desmantelamiento de las decoraciones antiguas con que se presentaban las estancias reales. Las palabras de reyes, cortesanos y diplomáticos, que suelen ser lujo de la inteligencia, deben sonar entre elegancias a propósito.

Al fondo, sin arcos, pero con algún relieve o columnas que marquen la separación de aposentos, a fin de que se vean bien las figuras, un segundo salón regio de otro estilo, en cuyo centro aparece una gran mesa preparada para un festín. Derecha e izquierda, en ambas estancias, puertas con cortinajes. Pendiente del techo, una gran araña. A la izquierda, artístico sofá y canapés. A la derecha, un clavicordio elegantísimo.

La Emperatriz María Teresa, sentada en el sofá.

ESCENA PRIMERA

MARIA TERESA y PRINCIPE DE ROHAN

M.ª TER. (*Cabellos empolvados rizados y que acaban en dos trenzas cortas sobre los hombros sin caer por delante del pecho. En lo alto de la frente, a modo de joya, una diminuta corona imperial. Vestido recamado de oro, con gran descote; mangas a medio brazo y partidas por amplios*

encajes. El talle muy aprisionado.) Príncipe, honráis a Viena. Mi corte no puede asombraros.

ROH. (*En pie. Usa traje de Corte, pero la casaca es negra, advirtiéndose en su conjunto cierta severidad sacerdotal. Lleva al pecho la cruz de San Luis.*) Me permito recordar, señora, que soy alemán.

M.ª TER. Por el origen. No por el corazón, que es francés. París atrae.

ROH. Fascina...

M.ª TER. Y mata. Díganlo el Delfín, Josefa de Sajonia, la pobre reina...

ROH. Y madama Pompadour, «vuestra prima».

M.ª TER. Sois epigramático, Rohan. La diplomacia tiene sus exigencias...

ROH. Y el tiempo sus olvidos, que rodaron ya sobre el polvo de aquellas tumbas.

M.ª TER. ¿No quedan envenenadores?

ROH. ¡Oh, Majestad...!

M.ª TER. ¡Dijérase que los Borgias habían resucitado en París!

ROH. ¡Eso, hace diez años...! La ambición de ahora es mansa; intriga. Recurro al testimonio de Mr. de Choiseül.

ESCENA II

Aparece el Emperador FRANCISCO I, y dice, tomando parte en el diálogo:

FRAN. I. Nuestro gran amigo.

ROH. (*Haciendo una profunda reverencia* y *retrocediendo algunos pasos.*) Sire...

FRAN. I. (*En tono bondadoso.*) ¡Oh, aquí no hay reyes, sino parientes, Luis. Sois un Lorena como yo, y aunque la emperatríz, mi esposa, dice que un rey ha de serlo hasta cuando duerme...

M.ª TER. Es el martirio que debe al protocolo.

FRAN. I. Bien; yo soy más llano, quizá por ser únicamente emperador consorte y por leer a hurtadillas como una colegiala a Voltaire. Príncipe... (*Acercándose en tono confidencial.*) ¿Creéis que la elección de Mr. de Breteuiel en favor de nuestra hija María Antonieta será un acierto para nosotros?

M.ª TER. (*Rectificando con orgullo.*) Creéis que nuestra concesión a la Francia será una felicidad para nuestra hija?

ROH. ¿Me exigen vuestras majestades una respuesta franca?

FRAN. I. Luis, os pedimos sinceridad.

M.ª TER. El Delfín...

ROH. Es un adolescente bondadoso en el que

no se juntan ni la soberbia altivez—perdonad señora—de Luis XIV, ni la... excusadme, y llenad el hueco de esta palabra.

M.ª TER. Ni la perversión.

FRAN. I. Ni el egoísmo de su abuelo.

ROH. Eso quise decir. Mucho variaron las costumbres. El pueblo murmura ya de todo; pero estas murmuraciones del pueblo son largas. Mientras duran pasa un reinado. La Delfina María Antonieta, reina de la Francia muy pronto, será completamente dichosa.

M.ª TER. ¡Que Dios os escuche! Ahora, aunque ya la conocisteis de niña, quiero que empiece a tratar de cerca al gallardo, al gentil caballero...

ROH. (*Inclinándose.*) ¡Gracias, señora! Cardenal solamente.

M.ª TER. Con quien ha de llegar al país de sus sueños.

FRAN. I. Sí; mi hija es completamente francesa.

M.ª TER. Ya lo veréis...

FRAN. I. Vuestro abate Hermand la ha familiarizado de tal modo con el idioma de Moliere, que lo trata con la misma descortesía que al latín y al inglés. Sus maestros de música son Gluh y Haydn.

ROH. Dos glorias artísticas.

M.ª TER. Y otra gloria artística, Gaidel, es su maestro de baile.

FRAN. I. No hemos olvidado que en París se danza mucho.

ROH. Por ahora, sí. En fin, Majestades. Francia la espera embriagada de júbilo.

M.ª TER. ¿Oficial?

ROH. No; la atrae lo nuevo, porque lo nuevo es la esperanza. Veinte millones repartidos profusamente llenarán su camino de flores. Todos los entusiasmos se encenderán al verla, y el trono de San Luis la recibirá con orgullo.

M.ª TER. Dios permita que se realicen tan dichosos pronósticos. Ahora, después de la presentación, quedáos, Príncipe, si gustáis.

ROH. Señora...

M.ª TER. Celebraremos el acontecimiento en familia. Haremos música, aprovechando el paso por Viena de ese jovenzuelo Mozart, que viene de Italia precedido de tanta gloria.

ROH. ¡Oh, le conozco, sí!

FRAN. I. ¡Es admirable! Un portento de precocidad y de inspiración asombrosa. Siendo muy niño aún gozamos el deleite de escucharle... y ya era un artista maravilloso.

ROH. Un prodigio, uno de esos hombres fantasmas que siguen el camino del mundo envueltos en haces de gloria. En París se le oyó también recientemente,

y su arte y su juventud causaron verdadera sensación en la corte. Es algo excepcional. Hasta esos inteligentes a los que nadie suele hacer caso porque saben que su misión consiste en regatear los méritos ajenos, declararon esta vez lo mucho que valía.

FRAN. I. Pues esta noche podréis juzgar...

ROH. Experimentaré una inmensa satisfacción en reconocerlo... ¡Ah... la Princesa...! (*Entra María Antonieta, una adolescente bellísima, dotada de seria altivez. Dos ujieres apartan las cortinas y ella entra en la estancia como un pavo real.*)

ESCENA III

Los mismos. MARIA ANTONIETA. UJIER 1.º y UJIER 2.º CAMARISTA

M.ª TER. (*Levantándose.*) Aquí la tenéis. Os esperábamos, Antonieta. Os anticipáis al deseo de vuestra madre...

M.ª ANT. Majestad... ¡Padre mío...! ¡Señor Príncipe...!

ROH. (*Doblando ante ella la rodilla.*) Permitidme que os reverencie como a mi Reina.

M.ª ANT. ¡Alzad! Aún no lo soy. Príncipe, me es muy grato recibir de manos tan ilustres la carta del Delfín, mi señor. Muchos días de júbilo me anuncia.

ROH. Más os esperan. Vuestra radiante juventud y vuestra hermosura serán gala del pueblo francés que os tiende los brazos. Vuestra Alteza, señora, enaltecerá la Corte brillante, a la que para gloria mía debo conduciros, y veinte millones de almas os recibirán como a la aurora de un día nuevo.

M.ª ANT. Monseñor. La galantería toma en vuestros labios un extraño poder de elocuencia, en la que mi humilde propósito no puede seguiros. Procuraré hacerme digna de ese noble pueblo francés y de la grandeza de mis padres. (*Con modesta y hechicera sonrisa.*) Es cuanto ahora puedo deciros, añadiendo una súplica: la de que me sean presentados los caballeros y las damas que han de darme gratísima escolta hasta París.

ROH. Sólo esperaba las órdenes de Vuestras Majestades para tener semejante honor. (*María Teresa toca un timbre. Se presenta una Camarista.*)

M.ª ANT. Condesa de Glombert, nuestra conferencia ha terminado. Hacedme el favor de avisar. (*Reverencia de Corte y desaparición de la Camarista.*)

ROH. Majestades: Alteza. Perdonad a mis caballeros. Ni la cortesía ni el respeto suelen cohibir su franqueza.

FRAN. I. ¡Mejor...! ¡Mucho mejor!

M.ª TER. Es fiesta de alegría. Toda discreta libertad tiene acceso a mi cámara.

ESCENA IV

Los mismos. UJIER 1.º BARON DE CANDILDAC. MARQUES DE POISSY. CONDE DE AUBERVILLE

UJIER 1.º. *(Anunciando.)* El señor Barón de Candillac...

ROH. ¡Oh, es el primero siempre!

M.ª ANT. ¿Os reís?

ROH. Mi risa es el anuncio del personaje. Preparáos, Señora, *(A. Antonieta.)* Os pedirá algo.

M.ª ANT. ¡Bien haya! *(Entra el Barón, alto, enjuto, desembarazado, un poco extático en el gesto. Hace una cómica reverencia a cada uno de los que vé y de los que no vé, y luego dobla la rodilla ante la Princesa levantándose presurosamente.)*

BARÓN. ¡Majestades...! ¡Alteza...! ¡Sire...! ¡Monseñor...! ¡Príncipe...!

ROH. *(Al Barón en voz baja.)* Basta, Barón. No hay más. *(Presentándole con cómico empaque.)* El Barón de Candillac!

BAR. Encargado por el Rey, mi señor, de acompañaros al vidrio, señora. Llevo treinta años acompañando al vidrio. Os ruego que lo tengáis en cuenta, Madama.

ROH. (*Recriminándole mientras pugna por contener la risa. Todos hacen lo mismo.*) ¡Barón...!

BARÓN. Eso me dicen, al llegar a este punto... ¡Barón...! y sigo acompañando al vidrio. No me queda más recurso que el de colocar en mi escudo el vidrio de un coche, señora.

M.ª ANT. Proveeremos, marqués de Candillac.

BARON. (*Estupefacto a Rohan*) ¿Ha dicho marqués?

ROH. Eso dice.

M.ª ANT. Es el título que os ofrezco en memoria de esta jornada.

BARÓN. (*Doblando la rodilla conmovido.*) ¡Oh! ¡Señora! Mi vida es vuestra, aunque...

M.ª ANT. Aunque tengáis que pasarla acompañándonos al vidrio.

BARÓN. Precisamente...

UJIER. (*Anunciando.*) El Marqués de Poissy.

ROH. ¡Un Montmonency! Espejo y orgullo de los caballeros franceses. (*El Marqués, joven elegantísimo y de alto porte se inclina profundamente ante los Emperadores.*)

ROH. Marqués. Sus Majestades se anticiparon a mi presentación y a mis elogios.

MARQUÉS. Sire...

M.ª TER. Bien venido seáis a mi Corte.

FRAN. I. Agradecemos su elección al Rey Luis XV. ¡Glorioso título lleváis!

MARQUÉS. Tanto como mi origen, me honra la alta benevolencia de Vuestras Majestades... Alteza... (*Se arrodilla y besa su mano.*)

M.ª ANT. Levantad, Marqués. Con caballeros como vos, el viaje ha de sernos gratísimo.

MARQUÉS. Mi vida y mi espada están al servicio de Vuestra Alteza, a quien la Francia espera y bendice.

M.ª TER. No puede ser por menos tratándose de un país tan generoso que nos envía tales embajadores.

MARQUÉS. Gracias, señora, en nombre de mi Patria y en el de mi Rey. (*Se retira respetuosamente al fondo, un poco alejado del Barón. Este se acerca y le dice con júbilo.*)

BARÓN. ¡Marqués...! ¡Ya soy Marqués!

MARQUES. (*A Candillac*) Yo nací siéndolo.

UJIER 1.º. (*Anunciando.*) El Conde de Auberville.

ROH. (*A los Emperadores.*) Del partido de la Dubarry. No pudo evitarse.

M.ª TER. (*Contrariada.*) ¡Oh! ¡Cuánta humillación!

FRAN. I. (*Bajo a la Emperatriz*) ¡Disimulad, María! Prima por prima, ¿qué más da?

M.ª TER. (*Enojada, abanicándose violentamente.*) ¡Bien me repetís mi torpeza!

ROH. (*Presentando.*) Vizconde de Auverbille, poeta hoy en boga... gracias a... su genio satírico.

VIZCONDE. (*Inclinándose.*) ¡Majestad...!

FRAN. I. Seáis bien venido a una Corte donde tanto se admira el ingenio francés.

VIZCONDE. Las palabras de Vuestra Majestad son mi mayor gloria. (*Inclinándose ante la so-*

berana un poco torcida, que se digna inclinar la frente.) ¡Majestad! *(Aparte, con disimulada sonrisa.)* ¡Desdén! *(A la Princesa.)* ¡Alteza...! *(María Antonieta, como si buscara al marqués, le vuelve la espalda. Aparte el vizconde.)* ¡Desdén! ¡Buen motivo para los libelistas! *(María Teresa se acerca disimuladamente a su hija, diciéndola en voz baja y rápidamente.)*

M.ª TER. ¿Qué haces, Antonieta?

M.ª ANT. *(Lo mismo.)* ¡Empezar! La favorita y yo somos incompatibles. *(Entran dos caballeros más. Rohan anuncia. Ellos se inclinan y no hablan, retirándose al fondo. De esta manera se puede poner la comitiva que se desee para más brillantez, o concretarse a los antedichos caballeros que son los que toman parte en la acción.)*

ROH. ¡El Conde Country de Faubloi. *(Inclinaciones.)* Saint Sulpice Remy.

FRAN. I. Príncipe, ¿y las damas? Aún no hemos tenido el honor de recibir su gracioso homenaje.

ROH. Como son las preferidas, llegan siempre las últimas. Hélas aquí. Son las más lindas flores de los jardines versallescos, y la más digna representación de la noble alegría francesa. Son las jóvenes damas que procurarán hacer dichosas las horas del viaje de Su Alteza. *(Mien-*

tras hablan van entrando hasta tres lindas jóvenes en traje de Corte.)

M.ª TER. No exageráis, príncipe. Sus bellezas deslumbran.

M.ª ANT. (*Con agradable gesto, siguiendo su movimiento de irresistible simpatía.*) ¡Llegad, señoritas!

ROH. Mademoiselle Eva de Choiseul. (*Alegría en María Teresa.*)

EVA. (*Arrodillándose ante la soberana.*) Señora...

M.ª TER. Alzad, amiga mía, alzad. Mejor presente no me hubiera podido enviar vuestro padre.

VIZCONDE. (*A Poissy que se inclina gravemente sin contestarle; por María Teresa.*) Sigue su hábil política.

EVA. Las expresiones de mi gratitud no pueden vencer mi respeto. Gracias, señora, en nombre del duque, mi padre. (*Pasa al lado de Antonieta, y después de hacer la ceremonia empieza a hablar familiarmente con ella. Lo mismo hacen las otras.*)

ROH. Mademoiselle Linda de Bouqueval... La Marquesa de Saint Denis.

ESCENA VI

Los mismos. GLUCK, HAYDN, MOZART, CONSTANZA y ELOISA

UJIER 1.º. (*Anunciando.*) El señor Gluck, el señor Haydn, el señor Mozart, las señoritas Eloísa y Constanza Weber.

FRAN. I. ¡Oh! Ahí están mis embajadores de la música...Los mandé llamar. Rompamos la etiqueta, señores... (*Entra Haydn, resuelto como un cortesano; Gluck grave y digno en su vejez altiva; Mozart, inquieto, arrogante, nervioso. Representa unos dieciocho años. Viste elegantísima casaca y calzón malva o gris perla; chupa de bordado tisú, ricos encajes en bocamangas, calzon y chorrera, amplios lazos mariposa, con rutilantes hebillas en los zapatos, con tacón rojo. Peluca blanca rizada en varios bucles y con gran lazo al uso de Luis XV, que era el más generalizado entonces.*) (*A Gluck.*) A mis brazos, ilustre amigo.

GLUCK. Ellos me dan inmerecida honra...

FRAN. I. Todos le conocéis. Los ecos apasionados de sus «Alcestes» aún os hacen soñar.

M.ª ANT. (*Corriendo hacia Haydn, que la recibe con respetuosa alegría.*) ¡Maestro...! (*Se detiene confusa, también por su democrática alegría, bajo la severa mirada de María Teresa.*)

HAYDN. (*Observándolo.*) ¡Princesa serenísima!

M.ª ANT. (*Reparando en Mozart.*) ¿Quién es ese caballero?

HAYDN. Mozart, señora.

FRAN. I. Hola, Mozart, mi joven gloria. Adelante, adelante. No es la primera vez que este palacio te recibe.

MOZ. (*Mirando con ardiente amor a María Antonieta, en pugna con su gran respeio.*) No, Sire,

no es la primera vez. Mas la primera fué bastante para conservar en mi corazón las atenciones de que fuí objeto.

FRAN. I. (*A Gluck.*) Está bien. Habla como un pequeño cortesano. El roce con los tronos enseña.

M.ª TER. Y tiene una linda figura, llena de esbeltez y de distinción.

GLUCK. Señor, los artistas adivinan. Las enseñanzas que traen al mundo se las deben a Dios.

FRAN. I. (*Un poco picado, pero afectuoso.*) Es verdad.

M.ª TER. (*A Mozart.*) Conocemos vuestros triunfos de Italia.

MOZ. (*Con vehemencia infantil.*) ¡Un público indulgente como su limpia atmósfera, como su hermoso cielo. En vez de los luders que lloran melancolía, vivas tarantelas y alegres sonajas que apremian el aire con burlas de amor. Gritos de júbilo, alegres notas que huyen del pentágrama ansiosas de más amplio ambiente! (*Entornando los párpados como si viera en los recuerdos lo que dice con las palabras.*) ¡Milán...! ¡Bergamo...! ¡Nápoles! ¡Roma! ¡Florencia! ¡Paraísos de reyes y escenarios de dioses! Aplausos y gloria que envié con el loco deseo a mi vieja Alemania, a mis padres, a vosotros, a todo cuanto besé de lejos, teniendo en los labios un rayo de sol.

Esa fué Italia con sus horas gratísimas. (*Confuso y azorado al darse cuenta de la realidad.*) ¡Oh, perdonad señora! No cambiaría aquellos instantes por los que hoy me concede la benevolencia de mi Emperatriz!

M.ª TER. ¡Hermosa edad de sueños!

ROH. (*A Francisco.*) Indudablemente es un elegido.

GLUCK. Un sonámbulo del arte.

HAYDN. Se transfigura, en perpetua improvisación, en un continuo diálogo con algo misterioso.

M.ª ANT. (*A Mozart, que durante este breve comento de los músicos con el emperador, ha estado hablando con las damas.*) Es un dulce recuerdo de mi época infantil.

MOZ. (*Con el más vivo interés.*) ¿Qué, os acordáis, señora?

M.ª ANT. Recuerdo, sí, muy vagamente, que improvisábais bellas canciones.

EVA. Y también nosotras... Como si os viera. Una casaquita color de pulga. (*Ríen.*)

LINDA. (*Zalamera.*) Todas os conocimos en París.

S. DENIS. (*Que es la más grave.*) ¡Era tan niño...!

MOZ. Mucho...

LINDA. Y aún... (*Socarrona.*)

MOZ. Ya soy un hombre. Lo conozco en lo que os admiro... (*Ellas no cesan en sus risas y en sus comentarios. Mozart al oir al*

emperador, saluda a los demás y va a colocarse junto a Gluck y Haydn. Rohan conversa con la emperatriz y con Poissy. Candillac con Auberville, al fondo.)

FRAN. I. Gluch, Haydu, Mozart, sois verdaderas glorias de mi trono. Si las armas sostienen un imperio, el arte lo enaltece. Vuestros blasones de arte son para nosotros tanto como los más ilustres títulos.

LOS TRES. ¡Señor! ¡Majestad! ¡Señor!

FRAN. I. Por ese motivo este pequeño grupo de admiradores vuestros, no os impone, os pide...

M.ª TER. (*A sus interlocutores.*) No puedo dominar su llaneza.

ROH. (*Bajo a María Teresa.*) Eso es también arte diplomático. ¡Vencéos, señora!

FRAN. I. Os pido, pues, que sean vuestros genios alemanes los que despidan a la hija, a la Pricesa, que se nos va...

GLUCK. Señor; como súbditos alemanes, como maestros suyos, rogamos a Dios que el destino la colme de dichas; pero tanto Haydn como yo, delegamos en el joven Mozart, cuyas glorias deslumbrarán al mundo mañana.

MOZ. (*Conmovido.*) ¡Maestro...!

HAYDN. Sí; él ha de ser nuestro feliz intérprete.

FRAN. I. Pues señores, cuando gustéis.

MOZ. (*Tímido.*) Majestades... con nosotros vienen dos señoritas que...

FRAN. I. ¡Ah...! Sí... ¡Ingratitudes de la memoria!

MOZ. (*Dirigiéndose hacia Canstanza y Eloísa, que han permanecido en el último término, cohibidas, asombradas, modestamente ocultas en un rincón.*) ¡Son discípulas mías! Las señoritas Eloísa y Constanza Weber, del teatro Imperial, pertenecientes a una familia consagrada en su honor y en su vida al servicio de Vuestras Majestades.

M.ª TER. (*Altanera, con una leve inclinación de cabeza.*) Llegad... Que no permanezcan ahí.

MOZ. Su sitio... si no se dispone otra cosa es junto al piano... Son las que conocen mi música. (*Yendo hacia el clave y dirigiéndose a Constanza que avanza tímidamente desde el fondo.*) ¡Más desparpajo! ¡No temáis! (*Cuadro plástico, remitido al gusto del director de escena. A la izquierda del espectador, María Teresa se sitúa en el sillón más alto. Junto a ella María Antonieta. Francisco, al respaldo de su mujer. Rohan, el primero en el fondo, junto a sus caballeros franceses. Las damas francesas y las alemanas, que han ido entrando y cambiando saludos para prestar incesante animación a la escena, agrupadas a los pies de sus señoras. Queda un lugar expedito hasta la puerta de la izquierda por donde han ido entrando los personajes. A la derecha, solamente el clavicordio; Mozart, a la banque-*

ta. Constanza a su lado en pie, y lo mismo su hermana, que se sitúa detrás de ella. Más retirados, Gluck y Haydn. En el segundo cuerpo de la decoración del fondo hay una claridad difusa, que se hará radiante cuando se señale. Mozart, en el momento de dar principio, se muestra inquieto y se limpia el sudor.)

CONS. (*En voz baja.*) ¿Qué os sucede, Juan? ¿Vaciláis?

MOZ. ¡Oh...! ¡No sé...! ¡No sé lo que me sucede... pero... callad...! Un principio de angustia...

CONS. El calor...

HAYDN. (*Nervioso porque esperan los Emperadores.*) ¿Vamos, Mozart? (*En aquel momento un ujier avanza desde el fondo y dice.*)

UJIER 1.º. ¡El señor Barón José Bálsamo!

M.ª TER. (*Contrariada.*) ¡Oh!

FRAN. I. ¡Mi hechicero! El amigo de Mesmer.

M.ª TER. El Indispensable. (*A favor de la semiclaridad del fondo se ve avanzar al Incógnito vestido elegantemente, pero sin ostentación. Mozart siguiendo las miradas de los circunstantes, se vuelve y dice azorado.*)

MOZ. ¡El hombre de Saltzburgo!

FRAN. I. Barón, llegáis a tiempo de que os disculpemos de vuestros saludos; Mozart empieza. (*El Incógnito se inclina gravemente.*)

BARÓN. ¡Mozart! Acabo de ser testigo de sus éxitos en Italia. «Mitridates» es una ma

ravilla, y «Ascanio in Alba» aún puede decirse que ha conmovido más al público milanés.

MOZ. (*Como sugestionado, levantándose a medias... En tono entre de gratitud y de súplica.*) ¿Quién sois...? Decidme...

BÁLS. (*Inclinándose gravemente.*) ¡El genio os acompañe, Mozart!

MOZ. ¡Oh, ese hombre...! (*Preludia. Los oyentes reparten su atención entre él y Bálsamo que escucha con recogimiento. Después de este rápido preludio, Mozart canta, acompañándose al clave, el aria de «Xiparés» en la «Mitridates». Al terminar, Haydn le abraza y Gluk lo elogia conmovido. Sensación en todos los presentes, que no pueden aplaudir por la presencia de los Emperadores.*)

FRAN. I. (*Dulcemente.*) Serafín de Saltzburgo, que tal puede llamárseos; fuí el primer soberano que escuchó vuestras melodías cuando érais un niño prodigioso.

MOZ. ¡No lo olvidé un momento, señor!

FRAN. I. Y el primero también a quien vuestro arte mágico ofrece las primicias de sus frutos primaverales. Es magnífico en todo. (*A María Teresa.*) ¿No opináis lo mismo, señora?

M.ª TER. Tanto, que invito a Vuestra Majestad a glorificarle como merece.

MOZ. ¿Qué más gloria que la de escuchar vuestras reales palabras?

FRAN. I. Cosas más útiles hay en la vida... Y ahora, continuad esta fiesta de juventud consagrada a la Princesa, que os hará los honores, mientras mi augusta esposa y yo os dejamos breves momentos. (*Se dirigen al fondo. Abren fila caballeros y damas, inclinándose profundamente ante los emperadores. Su ausencia parece llenar de comunicativa alegría a los personajes.*)

ESCENA VII

Los mismos, menos LA EMPERATRIZ y EL EMPERADOR

M.ª ANT. (*En grupo con sus damas.*) Señoritas de Choisseul, Saint-Denis y de Bouqueval, contadme cosas de París. ¿No sois ya mis amigas...?

EVA. Señora, ¡más que amigas!

LINDA. (*Que es efectivamente una linda pizpireta.*) ¡Esclavas de vuestra dulce belleza...! ¡Sois hermosísima!

M.ª ANT. ¡Bien empezáis, señorita de Bouqueval! Sentáos aquí... a mi lado... sin etiqueta, como mis familiares ya... París debe ser muy hermoso.

LINDA. (*Muy expresiva.*) ¡París! ¡Versalles! ¡Fontainebleau...! ¡El carrousel, las danzas, las cacerías en Marly...!

EVA. ¡Oh! Allí falta el tiempo para las diver-

siones. (*Toda esta parte de diálogo debe ser expresada con rapidez.*)

LINDA. Y para el amor.

M.ª ANT. (*Curiosa y con malicia.*) ¿Tanto se galantea?

LINDA. (*Tras de un suspiro que es una sátira.*) ¡Falta el tiempo, señora! (*En otro grupo, Mozart con Eloísa y Constanza al extremo opuesto.*)

CONS. ¿Quién hubiera podido presumir en vos una locura semejante?

MOZ. (*Vehementísimo, pero como comiéndose las palabras.*) ¡La idolatro...! ¡Sí! En secreto, a vosotras lo digo. ¿Por qué la fatalidad me trajo a verla?

ELOISA. Reprimíos, Juan. Si se fijan en vos... (*Con inquietud, observando a todos. Pero Rohan y Bálsamo conversan paseándose; los caballeros franceses y alemanes ríen; las damas mas cuchichean y se ríen también.*)

MOZ. ¿Qué me importan la fortuna, la gloria, ante la dicha de este instante? ¡Me tiene en la memoria y en el corazón, como yo a ella... ¿Pero... no lo vísteis, Constanza?

CONS. (*Con tristeza y despecho*) ¡No, no lo he visto!

ELOISA. (*Viendo lo que sufre su hermana.*) El ciego, el torpe, sois vos.

MOZ. (*Fijo en su idea.*) ¿No observásteis tampoco cómo me contestó en su disimulo... Recuerdo cuando niño...

CONS. (*Separándose con airado despego.*) ¡Sois un fatuo insufrible, Mozart!

ELOISA. Poner los ojos en la Princesa es querer igualarse a Dios.

MOZ. Alma de Rey tengo.

CONS. Cada cual piensa lo mismo de la suya.

HAYDN. (*Llamándole.*) Juan Crisóstomo.

MOZ. ¡Maestro!

HAYDN. Venid. (*Las dos hermanas Weber se sientan a la derecha; abatida Constanza, rencorosa Eloisa, que la consuela como puede, invitándola al disimulo.*)

CONS. ¡Y para esto me rogó que le acompañara! (*Levantándose bruscamente.*) ¡Vamos, vamos de aquí! ¡Me ahogo!

ELOISA. Pero... ¿adónde vas, criatura?. Estamos cogidas en una red de la que no podríamos salir... ¡Siéntate...! ¡Espera! (*Constanza vuelve a sentarse junto a su hermana, llevándose disimuladamente el pañuelo a los ojos.*)

ROH. (*A José Bálsamo rodeados de caballeros.*) ¿Y allí le conocísteis?.

BALS. Como os lo digo...

ROH. Caballero, algo incomprensible emana de vos. A no ser así, temería que vuestras palabras fueran una burla.

POISS. (*Gravemente.*) Yo estoy seguro de que lo son.

BALS. Señor de Poissy; espero confundiros. Una duda como la vuestra, costó la

vida a vuestro antecesor Mateo, conde de Ponthieu, ante los muros de Túnez.

POISS. Pero, señor mío, aunque no estoy fuerte en Historia, eso acaeció...

BÁLS. El veintiuno de enero de mil doscientos setenta.

CAND. ¡Hace poco!

POISS. Efectivamente, señores; esa fué la fecha.

ROH. Me dejáis atónito.

CAND. ¡Excelente memoria!

BALS. Eso decía vuestro abuelo, Barón.

CAND. Marqués... si os place. ¿También le conocísteis?

BÁLS. (*Muy en secreto, llevándoselo aparte.*) Vivió en Caen.

CAND. Ciertísimo.

BÁLS. Era... rizador de pelucas.

CAND. ¡Callad... por Dios!

BÁLS. A esto debió su favor en la Corte.

CAND. (*Volviéndose a los otros.*) ¡Oh, es prodigioso! Acaba de relatarme un hecho peliagudo de uno de mis antecesores, que no deja lugar a duda.

ROH. Según eso, caballero...

POISS. ¿Qué edad tenéis?

BÁLS. (*Friamente.*) Los hombres como yo, señores, no tienen edad.

M.ª ANT. (*Levantándose.*) ¿Es cierto, Barón, que sois adivino?

BÁLS. A mi pesar, Alteza.

M.ª ANT. Entonces...

BÁLS. Eso no... lo que vais a exigirme es imposible.

M.ª ANT. Mi horóscopo.

BÁLS. Excusadme, señora. (*Inclinándose*)

HAYDN. (*A Gluk, a Mozart y a Rohan, que forman grupo con él.*) ¿Os parece bien?

ROH. Ya lo creo. Así quedará honrado Gredel su maestro de baile, y (*Aparte.*) yo iré ganando por la mano a la Francia futura.

MOZ. (*A Haydn y a Gluk.*) La ocurrencia es magnífica, pero me permitiréis que no sea yo quien acompañe. (*Mostrando en sus actitudes un ardiente deseo de llamar la atención de Antonieta.*)

GLUCK. Disculpado. La juventud tiene sus privilegios, aunque supongo que no osaréis...

MOZ. No, si yo es que...

HAYDN. Es que yo danzaría con mi egregia discípula.

M.ª ANT. (*Interviniendo.*) ¿De qué se trata, maestro?

MOZ. Proyectábamos un minué, señora. (*Las damas batiendo palmas.*)

DAMAS ¡Minué, minué!

CONS. (*A Eloisa*) ¿Pero... tendrá osadía? (*Adivinando las intenciones de Mozart.*)

ELOISA. Su humillación es segura. Espera. Bien la merece.

M.ª ANT. ¡Vamos, señoritas! ¡Recordemos vuestro París.

ROH. (*Poniéndose delante de Maria Antonieta.*) Elegid caballero.

M.ª ANT. (*Conociendo la intención del Príncipe.*) ¡Sea! Vuestra mano, señor Mozart.

MOZ. (*Deslumbrado.*) ¡Señora, yo...! ¡Tal honra...! (*Volviéndose hacia Haydn.*) ¿No tocáis, maestro?

HAYDN. (*Riéndose; por lo bajo a Mozart.*) ¡Me las pagaréis, bribonzuelo!

M.ª ANT. Vuestra mano...

MOZ. ¡Oh, fortuna! (*Aparte, como si no se atreviese a creer en tal dicha.*)

CONS. (*A Eloisa.*) ¡Ya ves que no se equivocaba!

ELOISA. Vámonos, ven. (*Levantándose apresuradamente.*)

CONS. ¿Pero... por dónde? (*Confusas.*)

BÁLS. (*Acercándose sonriente y con diablesca ufanía a Constanza.*) Aceptad este cáliz, señorita Weber, por la ventura que os espera.

CONS. (*Aterrada.*) ¡El hechicero!

ELOISA. Ven. (*Tirando de ella, van recatándose hasta ganar la segunda puerta de amplio cortinaje, de la derecha.*)

ROH. (*Ofreciendo su mano a Eva de Choiseul que acepta muy complacida. Aparte.*) Por lo menos este es buen camino para llegar al Duque. (*Auberville a Linda, ofreciéndole también su mano, y con doble intención, aludiendo al partido de la Dubarry.*)

AUBER. Vizcondesa, os ofrezco un partido excelente.

LINDA. (*Riéndose.*) ¿El de la Vauvernier? Gracias.

AUBER. El de mi mano.

LINDA. (*Dándole la suya, muy mimosa y coqueta.*) Con reservas, ¿eh?

POISS. (*A la marquesa.*) Saint Denis, ¿mereceré vuestra elección?

S. DENIS. (*Con acento grave, apasionado al tenderle la suya.*) Y muy complacida.

CAND. (*A Gluk, que se queda casualmente junto a él en el fondo.*) Y nosotros... al vidrio.

GLUCK. (*Grave y desdeñoso.*) Yo no. Voy a volver las hojas. (*Dirijese al clavicordio, donde ya está Haydn. Como puede suponerse que el actor encargado de este papel no sabrá tocar el piano, lo simulará unicamente, haciendo como que se equivoca con picardía, ejecutándose el minueto por la orquesta. Sitúanse por parejas María Antonieta y Mozart; Poissy y Saint Denis. Auebrville y Linda, Rohan y Eva. Gluk, junto al musiquero, vuelve las hojas al principio, pero luego, con actitudes de extrañeza, denuncia que no se explica la conducta de Haydn, el cual, riéndose, toca un minueto de Mozart, equivocándose de propósito. Aquí ha de verse el genio del actor. Como al principio de la danza. todo va bien. Mozart, orgulloso de su pareja, baila afectadísimamente en contraste con la distinción y la elegancia de los demás, aunque procurando no hacer ridícu*

la la figura. Después, y como lo esencial en él es la música, cuando advierte que Haydn se equivoca, se muestra inquieto; por lo que oye, lucha entre el deseo de rectificar al ejecutante y el respeto que debe a la Princesa; pero al fin no puede contenerse.)

M.ª ANT. (*A Mozart.*) ¿Qué hacéis? Perdéis el ritmo.

MOZ. (*Deteniéndose; todos se quedan en figura.*) ¡Oh, perdonad, Alteza...! (*Titubeando y dirigiéndose a Haydn.*) Maestro... ¡no es así...! eso es un «ré» ¡Continuad...! (*En tono de súplica y deteniéndose nuevamente.*) ¡Un «ré», maestro!

M.ª ANT. (*Abandonándole.*) ¡Acompañad vos!

MOZ. Es que... (*Vacilando otra vez.*)

M.ª ANT. Andad... Esperan...

MOZ. (*Llega hasta el clave.*) ¡Haydn!

HAYDN. ¡Os hice trampa! ¡Os sustituyo! (*Riéndose.*) A no ser que su Alteza...

M.ª ANT. ¡Qué más da...! (*Tal indiferencia descompone a Mozart que empieza a tocar devorando su rabia.*)

MOZ. ¡Qué más da... ha dicho! (*A Bálsamo, que está junto al piano.*) Es por vos... ¡Vos...! ¡La fatalidad que me persigue!

BÁLS. ¡Joven... no seáis impertinente! Es la primera vez que os veo...

M.ª ANT. (*A Mozart, con cierta irona.*) Me gustaría oiros una de esas improvisaciones vuestras que dicen que son tan admirables.

MOZ. ¡Alteza...!

M.ª ANT. Si es que os lo permite vuestro estado de ánimo.

MOZ. Pues aun temiendo que no sea digna de vuestros oídos... (*Mozart toca; improvisa; sus dedos parecen arrancar al teclado la verdadera alma del minué. Gluk se separa asombrado, no sin cerrar el libro de música.*)

GLUCK. ¡No viéndolo, no lo creería!

HAYDN. ¡Admirable improvisación! ¡Es su dolor! ¡Es su alma! (*Gran minué, en que como es natural, interviene la orquesta, acompañando al clave. El baile debe resultar de una visualidad exquisita. Cuando acaba, todos. vulnerando la etiqueta, rompen en aplausos,*)

M.ª ANT. ¡Gracias! ¡Gracias, Mozart! ¡Sois un artista mágico! ¡Os perdono el desaire!

MOZ. (*Desesperado.*) ¡Yo desairar a Vuestra Alteza...! (*Haydn se inclina en cómica disculpa*) ¡Es la fatalidad que me trae el barón! (*Volviéndose airadamente a Bálsamo.*)

BÁLS. (*Avanzando y con tranquilidad.*) ¡Ya os he dicho que no os conozco! ¿Dónde me vísteis?

MOZ. ¡En Saltzburgo! Siendo muy niño... sí... ¡No lo neguéis! Os veo como entonces, con vuestro aire demoníaco... Le presiento. ¡Si se acerca... me angustia!

M.ª ANT. (*Vivamente interesada ya.*) Habrá que creeros, Barón, poniendo a prueba vuestra virtud mágica.

BÁLS. Señora, no insistáis.

M.ª ANT. ¡Lo quiero...!

BÁLS. ¿Absolutamente?

M.ª ANT. Absolutamente.

BÁLS. Pero con una condición, aunque la exigencia no sea política, ni aun cortés.

M.ª ANT. Decid.

BÁLS. Que nos dejen solos.

M.ª ANT. Ya lo oís, señores... ¡Dejadnos solos!

ROH. Reparad, Alteza, en que... eso no es protocolario ni prudente.

BALS. Rohan, me daréis cuenta de esas palabras. ¡Salid! (*En tono imperativo. Luego, inclinándose sonriente, con blanda voz y dulce excusa.*) Es la Princesa quien lo dispone.

M.ª ANT. Dejadnos, sí. ¡Os lo ruego! (*Salen todos por la izquierda. Mozart, por la derecha, lentamente, muy desconfiado y muy sobre aviso.*)

MOZ. ¡Este hombre...! No iré muy lejos.

ESCENA VIII

MARIA ANTONIETA. BALSAMO

M.ª ANT. (*Enérgica.*) Hablad.

BÁLS. Pensadlo bien, señora. ¡Aún es tiempo!

M.ª ANT. ¿Empezáis a desconfiar de vuestros dones maravillosos?

BÁLS. De ninguna manera.

M.ª ANT. Entonces...

BÁLS. Temo a los efectos de mi adivinación, señora. Soy vidente y no brujo.

M.ª ANT. Pensad que este diálogo no puede prolongarse.

BÁLS. Aprovecharé vuestra licencia... (*Haciendo medio mutis.*)

M.ª ANT. Quedáos y empezad.

BÁLS. (*Mirándola, y como quien rechaza una sensación.*) ¡Imposible!

M.ª ANT. Veo que vuestra pomposa ciencia es un mito ante el propósito decidido de una débil mujer.

BÁLS. Como queráis, señora.

M.ª ANT. Y en ese caso, habrá que creer lo que dicen...

BÁLS. ¿Y qué dicen, Alteza?

M.ª ANT. Que vos, el pretendido héroe de todas las épocas, Gagliostro en ocasiones, Bálsamo a veces, amigo de Mesmer y heçhicero de aldea... sois...

BALS. Acabad.

M.ª ANT. Un mixtificador que busca su celebridad a costa de la ignorancia ajena...

BÁLS. ¡Terminemos...! ¡Tenéis razón...! ¡Que vuelvan todos...! ¡Desacreditadme...! ¡Arrojadme de aquí...! (*Doblando la rodilla ante ella.*) Pero que a la voz mía no se marchiten esos encantos juveniles... y esa confianza dormida en la ilusión de un poder que se escapa...

M.ª ANT. Graciosísimo. (*Riéndose con forzada risa.*)

BALS. El porvenir, señora, es de Dios.

M.ª ANT. ¡Oh, qué hábil cómico!

BÁLS. ¡Ignoradlo todo! ¡Reid mientras os engaña la vida!

M.ª ANT. (*Burlándose.*) De seguro ensayáis al espejo todas vuestras posturas... (*Imitándole.*) ¡Ignorad! ¡Reid!

BÁLS. Esto es ya demasiado. Recordad que habéis recurrido a todos los medios para vencer mi resistencia.

M.ª ANT. (*Aparte.*) ¡Por fin! (*Bálsamo va hacia la mesa del fondo, llena una copa de agua y vuelve con ella. Haciendo como que cree que la invita a beber.*) Gracias.

BALS. Este es mi oráculo, señora. (*Ella, aunque finge, está nerviosa, inquieta.*)

M.ª ANT. ¡Y tan fácil...! ¡Un oráculo al alcance de todos!

BÁLS. De todos los Edipos.... Alteza.

M.ª ANT. Os escucho, Barón. (*Bálsamo coloca la transparente copa a la altura de sus ojos, recibiendo en ellos, por el reflejo, extraña claridad. Aparte.*) ¡Y sin embargo... si fuera verdad! ¿Qué es lo que va a decirme?

BALS. (*Con los ojos fijos en la copa.*) Francia os recibe como no lo podíais soñar...

M.ª ANT. (*Con alegría.*) ¿Véis eso...? ¿Lo véis?

BALS. Estamos en el prólogo... Reyes, Príncipes, palatinos...

M.ª ANT. Esa es mi boda...

BÁLS. Vuestra boda... sí. ¡Mal presagio! ¡Sus

fiestas ocasionan millares de víctimas!

M.ª ANT. Pero... (*Procurando mirar ávidamente al vaso.*) ¿Dónde lo véis?

BALS. Luego... ¡qué horror!

M.ª ANT. (*Aparte.*) ¡Dios mío!

BALS. ¡No queráis saber más, señora Delfina de Francia! Contra lo que pensáis, he de evitaros la gran tragedia de vuestro espíritu. Los reyes dormís sobre un volcán que ruge.. ¡No; sería demasiado!

M.ª ANT. ¡Sois hábil y os admiro!

BALS. Cuando esa catástrofe suceda, acordáos de mi pronóstico, y temblad por lo que callé.

M.ª ANT. Decidlo.

BALS. ¡Qué temeridad!

M.ª ANT. Todo; ¡lo habéis jurado!

BALS. ¿Yo?

M.ª ANT. Con vuestra actitud, con vuestros gestos. No hay por qué arrepentirse. Ved que no me hacen temblar vuestros presagios, por horribles y absurdos que sean.

BALS. ¿Y si os dijese que cuando seáis reina de Francia, vuestra cabeza y la de vuestro esposo habrán de rodar ante un pueblo frenético?

M.ª ANT. ¡Qué osadía! ¡Mentís! Las cabezas de los reyes sólo las toca Dios.

BALS. Sin querer, repetís las palabras de Carlos I, y Cromwell le demostró todo lo

contrario. ¡Pero no temáis! (*Levantando la copa y depositándola sobre la mesa.*) Son burlas del agua.

M.ª ANT. Barón... ¡me habéis hecho pasar un rato...!

BÁLS. Lo siento, señora... Me obligásteis.

M.ª ANT. Un rato delicioso, que se sale de lo corriente. Sí. ¿Dónde os hospedáis, por si os necesito?

BÁLS. Esa misma pregunta me hizo Gustavo II, porque le predije otra verdad; pero... cuando fueron a prenderme, sólo encontraron el vacío.

M.ª ANT. A fe mía que sois malicioso...

BÁLS. Mi vida os pertenece, señora. (*Inclinándose. Aparte.*) ¡Infeliz! (*Desaparece por el fondo.*)

M.ª ANT. ¿Qué es esto que me pasa? ¿Pero... he de ser tan crédula? ¿Quién fía en los presagios? (*Descubriendo a Mozart, que avanza desde la puerta de la derecha.*) ¡Mozart...! ¿Cómo...? ¿Sois vos?

ESCENA IX

MARIA ANTONIETA y MOZART

MOZ. (*Arrodillándose.*) Serenísima señora... ¡perdonadme!

M.ª ANT. (*Altiva.*) ¿Os habéis permitido escuchar nuestro diálogo? ¿No dije que salieran todos?

MOZ. Señora... nada oí... pero al veros junto a ese hombre...

M.ª ANT. ¡Bah...! Un pobre embaucador.

MOZ. ¡Un fatal agorero!

M.ª ANT. No me intimidan sus patrañas.

MOZ. Otras veces me hizo temblar; pero ahora debo bendecirle...

M.ª ANT. ¿Vos, por qué...?

MOZ. Porque hizo el milagro de que os pudiera ver a solas.

M.ª ANT. ¿Buscáis una merced?

MOZ. Un recuerdo, que es un talismán sin fortuna.

M.ª ANT. A ver, hablad claro, de modo que os entienda.

MOZ. ¡Y decíais que os acordábais! (*Con amargura.*) ¡No os acordáis, no! Eramos muy niños cuando mi padre me trajo aquí... Yo, asombrado de vuestra belleza, resbalé al suelo.

M.ª ANT. (*Inquieta, nerviosa.*) Sí, sí; creo recordarlo; pero...

MOZ. Las princesas, vuestras hermanas, rieron de mi torpeza sin piedad... pero vos... vos, señora, me abrazásteis, y no contenta con hacerme tan gran merced...

M.ª ANT. (*Con aspecto burlón, en el que se descubre, sin embargo, la preocupación de que está poseída.*) ¿Qué...? ¡Acabad!

MOZ. Vuestros augustos labios se dignaron posar en mi frente un beso que arde

todavía en mi corazón. (*Apasionado, temeroso.*)

M.ª ANT. (*Paseándose, entre furiosa y compasiva, y hablando siempre en son de nerviosa burla.*) ¡Vaya...! ¡Quién había de sospechar que un irreflexivo impulso de chiquilla hubiera de traer tales consecuencias...!

MOZ. (*Tímidamente.*) Si vuestra alteza se burla...

M.ª ANT. No, señor Mozart, no. ¿Quién se burla de que le amen...? Porque... vos... me amáis. ¿No es así?

MOZ. ¡Con toda mi alma! ¡Con toda mi devoción! ¡Amor imposible!

M.ª ANT. (*Excitada, riéndose.*) ¡No lo creáis, señor Mozart...! Claro que no es frecuente que una princesa renuncie a su boda con el heredero de un trono por un músico... pero en tiempos en que hay quien se atreve a pronosticar lo que acabo de oir a ese impostor, quién duda de que todo sea posible...? Habrá que decírselo a los emperadores. ¿No os parece?

MOZ. (*Avergonzado.*) ¡Oh...! ¡Alteza!

M.ª ANT. ¡Y con tal que el Delfín se resigne...!

MOZ. (*Arrodillándose.*) ¡Perdón! ¡Perdón, Alteza...! ¡He querido hablaros de mi gratitud... pintaros mi amor de súbdito leal.

M.ª ANT. (*Aparte.*) Y llora. ¡Pobre loco! (*Alto.*) ¡Si os creo! ¡Que el Destino os cubra de gloria, aunque a mí... (*Ocultándose el rostro con la mano.*) ¡Oh, sería horroroso!

(Mozart hace una reverencia y se retira andando de espaldas, como si no pudiese vencer la sugestión que en él ejerce la princesa.)

MOZ. *(Aparte.)* ¡Así paga mi afecto!

M.ª ANT. No os ofendáis por lo que he dicho... y perdonadme vos también... Estoy algo alterada... Ese hombre ha tenido el privilegio de inquietarme... ¡Retiráos, Mozart! Os lo ruego.

ESCENA X

Los mismos. CONSTANZA, después MARIA TERESA

CONS. *(Apareciendo por la puerta de la derecha en cuya direceión va Mozart como un autómata, y amparándose de los cortinones.)* ¡Venid, o estáis perdido! *(Sale María Teresa por la puerta de la izquierda. Constonza pugna por llevarse a Mczart, que observa con doloroso interés a María Antonieta y a su madre.)*

M.ª TER. Antonieta, ¿qué es esto? ¿Sola?

M.ª ANT. Lo preferí...

M.ª TER. *(Separándole las manos para verla el rostro.)* Llorando... ¡tú!

M.ª ANT. Estoy nerviosa... madre mía... ¡Estoy fatigada...!

M.ª TER. Todo pasará. *(Mirando en todas direcciones sin descubrir a nadie, a pesar de la imprudencia de Mozari.)* Me engañas. Quizás misterios de tu corazón, que mañana des-

aparecerán envueltos en el humo azul de tu gloria. ¡Sé grande! ¡Sé fuerte!

M.ª ANT. (*Con voz desfallecida.*) ¡Lo soy...!

M.ª TER. Vamos a obsequiar a nuestros huéspedes. Llora, Antonieta. en lo poco que puede durar este abrazo de madre; ¡pero enjuga pronto tu llanto! ¡Nadie vea en tus ojos altivos una lágrima de mujer! (*El segundo cuerpo de la decoración se ilumina profusamente con las luces de los candelabros que traen los ujieres.*) ¡Los reyes no pueden llorar ni aun ante la muerte! ¡Acuérdate, María Antonieta, hija mía!

M.ª ANT. (*Aparte.*) ¡Ah, el presagio, el presagio! ¿Será cierto, Dios mío...? (*Recobrando de pronto su entereza, su majestuoso porte.*) ¡Yo os juro, madre, que seré digna de vos... y de mi destino... ¡por cruel que sea el que Dios me reserve!

M.ª TER. ¡Así te quiero, así debe ser! (*Oyese una música de cuerda, y el comedor empieza a llenarse de personajes. María Teresa, llevando de la mano a su hija, va con ella hacia el fondo. Constanza y Mozart, siempre resguardados por el cortinaje.*)

CONS. ¡Venid, Juan, venid en nombre del cielo! (*Tirando de él, que pugna por salir y arrojarse nuevamente a los pies de María Antonieta.*)

MOZ. ¡Se va!

CONS. ¡Estáis loco!

MOZ. ¡Se va sin dirigirme ni una mirada de perdón...! Era mi primer sueño y lo mata su orgullo!

CONS. ¡Se va hacia su grandeza, como vos hacia vuestra gloria; como podríais ir hacia vuestro amor... un amor humilde.. que sufre y calla!

MOZ. (*Como si recibiera el rayo de luz de una idea.*) ¡Qué buena sois!

CONS. ¡Qué no haría yo porque fuéseis dichoso!

MOZ. (*Al ver que ella baja la cabeza para ocultar sus lágrimas.*) ¡Acaso...!

CONS. ¡Tenías tan cerca mi corazón y no lo advertiste!

(*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El hogar del genio. En 1789

Personajes del acto segundo

CONSTANZA WEBER.
ELOISA WEBER.
MOZART.
EL INCÓGNITO
LEOPOLDO MOZART
FRITZ
BALTUS
EL ARZOBISPO DE SALTZBURGO.
UN FAMILIAR.
EL AFINADOR.
UN LACAYO DE CASA GRANDE.
NIÑO 1.º, hijo de Mozart.
NIÑO 2.º, ídem íd.

ACTO SEGUNDO

EL HOGAR DEL GENIO

La casa donde vive Mozart, en Viena, con su esposa Constanza Weber, resistiendo óptimamente la pobreza a través de la gloria...

Al fondo puerta que comunica con la escalera, salvando un pequeño vestíbulo. A la derecha (siempre del espectador) una gran ventana por la que se descubren los remates de los edificios de nevada techumbre. A la izquierda puerta que comunica con las habitaciones interiores. Ajuar pobre. En segundo término a la derecha un clave, y junto a él un veladorcito de laca, cubierto de papeles de música, junto al que escribe Mozart. Constanza cose con un cesto a los pies. A su lado una copa de lumbre, sin ella, pero con gran badila.

La acción empieza en la tarde del día de Noche-Buena, del 1789.

ESCENA PRIMERA

CONSTANZA y MOZART. Constanza levanta de vez en cuando la cabeza para mirar a su marido, que escribe afanosamenle; pero de pronto suelta la pluma de ave, metiéndose las manos bajo los sobacos.

MOZ. ¡Imposible! Mis manos se hielan.

CONS. Pues déjalo.

MOZ. Eso es, y mientras D. Juan y Leporelo asomados a la ventana de la inspira-

ción y gritándome. ¡Eh...! ¡Señor Mozart! ¿Os dormís?

CONS. Diles que bajen y a ver si con este frío tienen ganas de hacer preguntas.

MOZ. ¡Pobre...! ¿Y aún ríes?

CONS. ¡Bien haya mi alegría!

MOZ. Eres encantadora. ¿Activo el braserillo? (*Disponiéndose a coger la badila.*)

CONS. No, Juan. ¡no le toques!

MOZ. ¿Pero... por qué no pones más lumbre?

CONS. Por... el tufo. Le tengo miedo.

MOZ. ¡Ay! ¡Dichosos los ricos!

CONS. Nosotros lo somos en juventud y en sueños.

MOZ. ¡Y tan abrigados!

CONS. Y gracias a que mi hermana Eloísa, se ha hecho cargo de los niños en estos días, que si no...

MOZ. (*Levantándose.*) ¡Nada! No puedo consentir que continúes siendo una mártir.

CONS. (*Dejando la costura y levantándose también.*) ¿Mártir a tu lado?

MOZ. No me hagas concesiones de generosidad, Constanza... ¿Me quieres todavía?

CONS. (*Con sincera pasión.*) ¡Más que nunca!

MOZ. ¡Pues vaya frío entonces! (*Paseándose muy de prisa.*) ¡Todo va mal! Si contáramos por florines las ovaciones a mi «Sitio de Estrasburgo», a mi «Rey Pastor», a mis «Bodas de Fígaro», por no recordar las veinte óperas que llevo estrena-

das, nos frotaríamos las manos de otra manera. Pero la fatalidad continúa persiguiéndome.

CONS. (*Como quien repite un eterno tema.*) ¡Por haberte casado conmigo, por haber contrariado a tu padre!

MOZ. ¡Mi padre! ¡No me lo recuerdes! ¡Esa es mi única pena! ¡Pero tú! ¡Angel mío...! ¡Si te lo debo todo...! ¡Mi fatalidad es el diablo!

CONS. ¡Jesús, Dios mío, qué cosas tienes!

MOZ. El diablo aguileño que me persigue como un signo de maldición.

CONS. ¡Lo de siempre! ¡La perpetua manía!

MOZ. Los hechos innegables.

CONS. ¡Y eres católico!

MOZ. La evidencia se impone, mujer. Es una sombra gris que se abate sobre todas mis horas tranquilas. Es el grajo del infortunio. Más me ha hecho pensar ese hombre que todas mis obras. Es el aparecido de «La Espita de Plata», el José Bálsamo de la Corte.

CONS. Dos personas distintas, Juan. ¿Cómo aquel caballero había de ser el menestral de la bodega?

MOZ. Me lo dice mi instinto.

CONS. Tu obsesión.

MOZ. Puede.

CONS. Además, hace mucho que no te mortifica.

MOZ. (*Volviéndose con temor supersticioso.*) ¡Calla! La última vez fué en Roma. Todo iba a mi gusto. Mi música embrujaba. Yo latía en el público, absorbiendo sus impresiones por el agujero de un bastidor, cuando de pronto... ¡plás!, pareció obscurecerse todo. El Incógnito, con su aire simplicísimo acababa de sentarse en una luneta.

CONS. Y el público continuó aplaudiéndote.

MOZ. Sí; pero un frío glacial se extendió por la sala llegando hasta mi corazón. Lo veo en todas partes; le espero siempre, nervioso, agitado...

CONS. ¡Cálmate, Juan! No empieces a ponerte así. Esos temores son impropios de una inteligencia como la tuya... Acabarás por volverte loco.

MOZ. (*Suena la campanilla.*) ¿No lo dije...? ¡Ahí está! (*Excitadísimo. Sale Constanza.*) ¡Abre! ¡Que entre pronto! ¡Que se vaya pronto...!

CONS. (*Reaparece riéndose.*) ¡El afinador!

ESCENA II

Dichos y EL AFINADOR. Mozart, en su complejo temperamento, salta de la inquietud al júbilo. Aparece un viejecillo rojo y granujiento de cara.

MOZ. (*Deteniéndose en su paseo y adoptando un aire de cómica severidad.*) Señor Witbargen, me tenéis muy disgustado.

AFI. ¿Porque vengo a cobrar, ilustre señor maestro de Capilla?

MOZ. Porque no quisísteis cobrar a mi mujer más que medio escudo.

AFI. ¡Pero... si no me lo dió!

MOZ. Pero... os lo prometió.

AFI. Cierto, fué una cosa hipotética, ¿y hoy? (*Mirándolos alternativamente.*) ¿Sigue la hipótesis, señor Mozart?

MOZ. Hoy os doy un florín.

AFI. ¿Por estirar dos cuerdas y poner pluma en un macillo?

MOZ. Porque quiero premiaros.

CONS. Buena salida.

AFI. ¿A mí? ¿Pues qué os hice? Yo nunca paso de medio escudo.

MOZ. Pues por eso; porque habéis llegado a viejo sin llegar al florín.

AFI. También es verdad. (*Con amargura.*)

MOZ. Porque hace frío y no podéis andar de prisa para entrar en calor.

AFI. ¡Majestad! Sois un hombre excelente.

MOZ. Y porque... en fin, no sois el diablo.

AFI. ¡Vade retro!

MOZ. Y como estaba esperándole...

AFI. ¡Jesús, Jesús y Jesús!

CONS. No hagáis caso. Bromea.

AFI. ¡Siempre lo mismo! ¡El buen humor! ¡Oh, juventud de oro!

MOZ. De oro... Constanza... ¡Ea! Tomad vuestro florín, buen viejo. (*Haciendo señas a su mujer para que se lo entregue. El viejo se deshace en excusas y Constanza a su espalda hace también señas desesperadas a Mozart, indicándole que no insista.*)

AFI. No lo admito, señor Mozart. Es medio escudo.

MOZ. (*Terco a su mujer.*) Constanza, trae...

CONS. (*Registrándose en la faltriquera.*) ¿Medio escudo, verdad?

MOZ. Un florín.

CONS. ¡Pero hombre, mira que...!

AFI. ¡Es inútil, señor Mozart! (*Hace una porción de aspavimientos oponiendo su sombrero a la oferta, retirándose hacia el fondo.*) De balde os serviría yo, por ser quien sois, si por ser quien soy diéranme gratis pan y cama. Pero yo, que estiro cuerdas, no puedo estirar las de mis nervios, que se aflojan y...

MOZ. ¡Obedecedme!

AFI. No, señor.

CONS. Dice bien, ¿por qué porfías?

AFI. Soy digno.

CONS. Es digno, sí, sí. (*Entregándole una moneda.*) Lleváos vuestro medio escudo, señor Witbargen... ¿Qué? ¿Tenéis mucha familia, señor Witbargen?

AFI. No, señora. Mi llave de afinar. (*Mostrándosela.*)

CONS. Poco es eso para cenar esta noche en compañía.

AFI. Sí, la Nochebuena es una fiesta alegre muy triste...

CONS. Venid a pasarla con nosotros... ¿Queréis?

AFI. Señora, yo...

MOZ. (*Arrebatadamente.*) Constanza, ¡eres un ángel!

CONS. Así nos gastaremos del todo este florín que es lo único que nos quedaba.

AFI. (*En gesto de exagerado reproche a Mozart.*) ¡Oh...! ¿Y queríais...?

CONS. Sí; os recibiremos con orgullo, con alegría.

MOZ. (*Viéndole enternecido.*) Pero quedan prohibidas las emociones.

AFI. Lo decís porque los viejos lloramos siempre.

MOZ. Justo.

AFI. Donde hay vino no hay penas.

CONS. ¡Hola! Ya sabemos dónde iba a parar el florín.

AFI. ¡Adiós, protectores míos!

CONS. Que os esperamos.

MOZ. Andad. (*Empujándole dulcemente hacia la salida. El vejete da vueltas como una perinola poniendo en ridículo sus faldones con sus exagerados saludos. Tropieza en el piano, luego en la copa de lumbre. Sale y vuelve.*

AFI. ¡Muchas gracias, señora! ¡Muchas gracias! ¡Ah, no se olvide que acepto, ¿eh? que acepto... (*Mutis por el fondo. Mozart tiende ambas manos a su mujer.*

ESCENA III

CONSTANZA y MOZART

MOZ. ¡Generosa! ¡Inteligente, bonita! ¡Ven, reina, ven!

CONS. (*En cómica prevención.*) Que no me gustan los títulos reales.

MOZ. (*Riéndose.*) ¿Todavía?

CONS. No me lo recuerdes.

MOZ. Para los celos de la mujer, no hay más que un presente infinito. Todo porque ofende a vuestra ridícula vanidad.

CONS. (*Siempre en reproche de buen humor, con cierto tinteserio.*) Tú sí que estuviste ridículo. (*Parodiando sus palabras del acto anterior.*) ¡Alteza! ¡Aquel beso arde todavía en mi corazón!

MOZ. (*Riéndose.*) ¡Vamos! ¡Cállate...! Ven.

CONS. ¡Ea! ¡Déjame! (*Huyendo.*)

MOZ. (*Persiguiéndola.*) Te pillaré donde te escondas... ¡A bailar! (*Cogiéndola del talle.*)

CONS. (*Riéndose también y procurando desasirse.*) ¡Quita! ¡De una manera o de otra, estás loco!

MOZ. Estoy de buen humor, y tú tienes la culpa. ¡La ra lá! (*Empieza a valsar locamente con ella, que se ríe más cada vez y cada vez más sofocada. Mientras, aparecen en el hueco de la puerta Fritz y Baltus, que contemplan la escena, y después se miran atónitos. Luego, Baltus se queda en segundo término.*)

ESCENA IV

Dichos. FRITZ y BALTUS

FRITZ. ¡Así me gusta!

MOZ. (*Deteniéndose súbitamente.*) ¿Eh...? ¿Quién es...?

FRITZ. (*Volviéndose a Baltus.*) Compadre Baltus, esta es la ventaja de dejarse las puertas entornadas.

CONS. ¡Ah...! ¡El afinador al marcharse!

FRITZ. ¿Pero... no me conoces?

MOZ. (*Hacia él, con los brazos abiertos.*) ¡Ah, sí, es Fritz Hagenaüer!

FRITZ. ¿Tanto he cambiado? (*Entra.*)

MOZ. No; pero la sorpresa... la alegría...

FRITZ. Pasad, Baltus. Estáis en vuestra casa.

MOZ. ¡Oh, ya lo creo...! ¡Sillas, Constanza!

CONS. (*Aparte.*) ¡Qué cosas pide este hombre! (*Alto.*) Voy... (*Intentando salir.*)

FRITZ. (*Oponiéndose.*) No salgáis, señora.

BALTUS. Estamos bien.

MOZ. Aquí, en la banqueta. (*Indicando a Baltus la del clave.*)

BALTUS. Tanta honra... (*Se sienta.*)

FRITZ. ¡Así me gusta! ¡Que haya alegría!

MOZ. ¿Cómo?

FRITZ. ¿Festejabas tu último triunfo?

MOZ. ¿Cuál?

FRITZ. ¿Pero no sabes? Ayer se estrenó en Berlín tu «Rapto en el serrallo», con éxito grandioso.

MOZ. ¿Ah, sí...? Pues no sabía nada.

FRITZ. De manera que vuestro baile...

MOZ. No era precisamente una manifestación de al gría, sino para entrar en calor...

BALTUS. No ha llegado aún el de los aplausos, por lo visto,

MOZ. Pero qué ingrato soy... (*Como queriendo preguntar algo a Fritz.*)

FRITZ. Me anticiparé a tu pregunta. Está bien.

MOZ. ¡Pobre padre mío! ¡Qué obstinación la suya! ¿No recibió mi carta?

FRITZ. Sí.

MOZ. ¿Y no se conmovió?

FRITZ. Muchísimo. ¿Verdad, Baltus?

BALTUS. Daba pena verle.

MOZ. (*Con tristeza.*) Pero no vendrá.

FRITZ. ¡Quién sabe, Juan, quién sabe!

MOZ. ¡Sería mi felicidad! ¡Mi dicha! Ni un momento dejamos de nombrarle. ¿Por qué oponerse tanto a mi matrimonio?

CONS. (*Contrariada.*) ¡Con vuestra venia! (*Saluda y quiere retirarse viendo el giro que toma la conversación. Fritz y Baltus se ponen súbitamente en pie para evitarlo.*)

FRITZ. ¡Oh, no, por Dios, señora! ¡No salgáis! ¡Si venimos por conoceros!

CONS. Gracias; pero ya véis...

FRITZ. Los padres son un poco egoístas.

CONS. El lo es muchísimo. (*Fritz y Baltus se sobresaltan visiblemeute, y dicen levantando la voz.*)

FRITZ. ¡Al contrario!

BALTUS. ¡Muy al contrario! Si se opuso fué por temor de que su boda impidiera su fama.

CONS. Pues ya véis que sus éxitos se multiplican.

FRITZ. Ahora puede que haya variado de opinión.

MOZ. (*Alegre.*) ¿Cómo...? ¡Fritz! ¿Creéis que vendrá?

FRITZ. (*Mirando a Baltus.*) Acaso.

BALTUS. El nos lo prometió para fecha muy próxima.

FRITZ. Y como había de venir a Viena para ciertos asuntos...

BALTUS. Puede que...

FRITZ. Que haya venido.

BALTUS. Y aún que esté aquí. ¡Vamos! ¡Salid, Leopoldo!

ESCENA V

Dichos y LEOPOLDO. Aparece Leopoldo Mozart, y padre e hijo se precipitan uno en brazos del otro. Luego, el padre avanza severo.

MOZ. ¡Padre mío!

LEOP. ¡Hijo de mi alma! (*Colocándose a la derecha.*) ¡No he debido venir!

MOZ. ¿Os pesa?

LEOP. ¡Eres un ingrato!

MOZ. ¡Qué porfía!

LEOP. Fué por tí...

MOZ. Por vos, padre.

LEOP. ¡Eres terco!

MOZ. ¡Qué encono! (*Hablan los dos al mismo tiempo.*)

LEOP. Me debiste más lealtad.

MOZ. Me debiste más cariño.

LEOP. Eso no lo hace un hijo bueno.

MOZ. Un padre debe tener más benevolencia.

LEOP. ¡Iio! ¡Sfogatto! (*Echándose a reir.*)

MOZ. ¡Ma non troppo, padre! (*Riéndose.*)

LEOP. (*Abriendo los brazos otra vez.*) Ven aquí, rapazuelo, mal músico. (*Dirigiéndose a Constanza.*) Supongo que esta señora con gesto de gatita mansa es tu mujer.

CONS. Señor...

LEOP. Llámame como debes, y ven a este lado.

Por casualidad te toca el sitio del corazón. ¿Lloras, mujer?

CONS. (*Enjugándose los ojos.*) Es de alegría.

LEOP. (*Abrazándolos.*) ¡Bueno...! ¡Si ello había de suceder! ¡Si es logico...! Pero... (*Mirando en derredor suyo.*)

MOZ. (*Siguiéndole la mirada.*) ¿Qué buscáis, padre?

LEOP. Me habían dicho...

CONS. ¿Los niños? Sí, están en casa de Eloísa, mi hermana.

MOZ. ¡Ah! ¿Eran los niños?

CONS. (*Ya más atrevida.*) Luego los veréis... Nos reuniremos todos a cenar.

LEOP. Tal era mi propósito.

CONS. Y el de estos señores.

MOZ. (*Aparte.*) Ni la de Baltasar.

FRITZ. ¿Nosotros? No, de ninguna manera. Habéis de comer en la intimidad. No necesitan testigos vuestras expansiones.

MOZ. Fritz... ¡que digáis eso vos!

BALTUS. Yo tengo encargado el gaudeamus con alegres compadres en la posada del Gran Ciervo.

MOZ. (*Echando el brazo al cuello de Fritz.*) Fritz Hagenaüer. Yo tengo memoria.

FRITZ. ¡Diantre! ¡Os felicito! Es una cualidad que no abunda.

MOZ. Por eso... sé lo que se os debe.

FRITZ. ¿A mí... ¡Callad!

LEOP. No es ahora ocasion; pero..,

MOZ. Nuestros viajes los hicimos por vos... Los días de angustia...

FRITZ. Amigos... ¡me desesperáis!

CONS. ¿Os quedaréis?

FRITZ. ¿Y quién se niega?

CONS. (*A Baltus.*) ¿Y vos?

BALTUS. Yo, señora...

CONS. Estáis deseándolo.

BALTUS. Es verdad.

CONS. Sois bondadosísimos... y ahora en un vuelo... Papá, ¡señores! Os abandono algunos instantes.

LEOP. Sin ceremonia, hija, sin ceremonia. (*A Fritz.*) Es una perla la muchacha.

MOZ. (*Aparte a su mujer.*) Pero... ¿no cuentas sino con el florín de marras?

CONS. Tú no sabes lo que vale un florín en las manos de una mujer lista que siente una de las mayores alegrías de su existencia. Por supuesto juzgo inútil que descubras a tu padre nuestra situación.

MOZ. Descuida. No lo haré. Al contrario.

CONS. Me has comprendido. (*Vase Constanza.*)

LEOP. (*Algo conmovido y refiriéndose a Constanza.*) ¡Hijo...! ¡Perdona!

MOZ. ¿Véis padre mío... véis? Todos mis elo-elogios serían pálidos.

LEOP. Nunca dudé de que fuera un angel, pero temí que ante las exigencias de la vida conyugal se desvanecieran como

el humo tus ilusiones y se malograra tu porvenir.

MOZ. Pues ya lo véis. Trabajo y con provecho. Gano mucho, ¡muchísimo!

BALTUS. (*Baltus y Fritz parecen darse cuenta de la pobreza del ajuar.*) Si; el dinero y el amor no pueden ocultarse.

MOZ. Habíamos encargado unos muebles al tapicero, pero hasta que pasen unos días...

BALTUS. Es gente muy pesada. No os estaría mal tampoco una chimenea.

MOZ. Ese es uno de mis propósitos. Ya estaría puesta si uno de mis amigos, escultor de porvenir, no se hubiera empeñaño en ornamentármela a su gusto. Mientras, vamos pasando con esa copa de lumbre. Calentáos, si queréis, maese Baltus. Veo que tenéis frío.

BALTUS. Sí, francamente, y con vuestra licencia... (*Se sienta y hace como que se calienta las manos; pero de pronto las retira como si se hubiera quemado.*) ¡Demonio!

MOZ. ¿Os quemásteis?

BALTUS. Sí. (*Aparte.*) ¡Cómo abrasa el hielo!

LEOP. Pues vine a verte por dos motivos.

MOZ. ¡Ah! (*Contrariado.*)

LEOP. El primero por el ansia de mi corazón.

MOZ. ¡Oh! ¡Gracias, gracias, padre!

LEOP. Y el segundo... porque no vine solo.

MOZ. (*Creyendo que lo dice por Fritz y Baltus.*) ¡Ya lo veo!

LEOP. Aún hay más. Una visita que te honra en alto grado. Una alta persona que ha de venir a tu casa y a quien nada puedes negar.

MOZ. ¡Me confundís, padre! ¿Una alta persona en mi humilde, en mi modestísimo albergue? ¿Y quién es?

LEOP. Monseñor el arzobispo de Saltzburgo.

MOZ. ¡Monseñor aquí! (*Profundamente sorprendido.*) Padre, padre mío. ¿Estáis en vos? ¿Dónde he de recibirle? ¿Qué sillón pudiera ofrecerle?

BALTUS. Le decís lo del tapicero, y con acercarle la copa de lumbre...

LEOP. ¡Ea, no temas, muchacho...! Las fiestas de la Epifanía, que vino a celebrar por encargo de nuestro Emperador José, (*Genuflexión o saludo en todos.*) le retendrán en Viena unos días. Quise disuadirle de la honra que nos prepara, y todo fué inútil. Su Grandeza, que es un digno prelado, lo mismo atiende al humilde que al poderoso.

MOZ. ¡Dios mío!

LEOP. Vendrá tarde. ¿Qué hora tenemos?

MOZ. (*Diligente hacia la puerta de la derecha.*) ¡Voy a decíroslo! (*Deteniéndose.*) ¡Ah! Se me olvidaba que mi mujer me pidió el

reloj. Se lo habrá llevado, sin duda... Sí. (*Vacilando.*)

BALTUS. (*Mirando por la ventana que, ya está casi oscura.*) Por la altura del sol no se sabe...

LEOP. ¿Fritz, tenéis hora exacta?

BALTUS. ¿Os ayudo, Fritz? (*Viéndole echarse mano al bolsillo, del que se saca un reloj enorme.*)

FRITZ. ¿Ya váis a burlaros de mi repetición?

BALTUS. Si no repiten las horas en ese monumento... ¿dónde? (*Mozart se ríe.*)

MOZ. Mucho os he recordado, señor Baltus.

FRITZ. ¿Y quién no lo recuerda? Fué el condiscípulo perpetuo de tres generaciones de estudiantes.

BALTUS. ¡Como que ya me enseñaban con cicerone!

LEOP. Pero, en fin... ¿Me diréis la hora?

FRITZ. Es verdad. Son las cinco.

LEOP. Hasta que oscurezca del todo no vendrá. Hablemos, hijo. ¿Qué piensas...? ¿Qué escribes?

MOZ. Trabajo simultáneamente en dos óperas. «Don Juan», poema de Lorenzo de Ponte...

LEOP. ¿El burlador? Será una obra magnífica. Aunque no sé en nuestra sociedad pazguata. ¿Y la otra?

MOZ. «La flauta encantada», poema de Schikander, muy alemán; suena a lieder... Las dos me subyugan y las escribo con gran entusiasmo.

BALTUS. Como subyugarán mañana al público.

FRITZ. ¡Bien decía yo que seríais un músico portentoso!

LEOP. ¡No sabes el afán con que he seguido tus grandes triunfos y lo que me enorgullecieron siempre!

MOZ. Se los debo a Dios, que me concede fáciles ideas...

LEOP. ¿Que nos darás a conocer? Tengo hambre de tu música como de tu cariño.

MOZ. ¡Padre...!

LEOP. ¿Te acuerdas todavía, dí? Nuestros viajes... los días de esperanza y de contrariedad, siempre compensada con la gloria que tú obtenías... Eras el niño prodigioso, cuyo arte causaba admiración.

MOZ. Ya no lo soy. Sin duda eso de ser un niño era mi mayor mérito.

LEOP. Eran tiempos mejores... Y, sin embargo, también sufrimos penas. Acuérdate de nuestras cartas, a veces con piadosas mentiras, para engañar las inquietudes de tu pobre madre...

BALTUS. ¡Diablo...! ¡Eso es fuerte!

MOZ. ¡Pobre...! No olvidaré la tristeza de sus últimas horas... Más unidos debimos estar desde que ella murió en mis brazos.

LEOP. ¡Lejos de mí...! ¡Siempre me reprocharé no haber podido llegar a tiempo...! ¡Bien sabes tú lo que la quería!

MOZ. ¡Vaya...! ¡Que nunca nos abandone su espíritu...! De su recuerdo brota la inspiración en mí muchas veces... Este latido inmenso de un alma que busca el misterio de Dios... (*Dirigiéndose al clave y sentándose ante él.*) Oid... Es el canto a la vida y a la esperanza de »La flauta encantada». Pensando en ella lo compuse. (*Toca y canta la bella canción aue se cita o la «Violeta».*)

LEOP. (*Limpiándose los ojos.*) ¡No cabe más...! Haydn tiene razón. ¡Eres el mejor músico de Alemania!

FRITZ. ¡Sublime! Ya era de suponer que aquel chiquillo...

BALTUS. La noche de mi amigo el diablo.

MOZ. (*Levantándose vivamente.*) ¡Oh, no le nombréis!

BALTUS. ¿Qué os pasa?

MOZ. Me produce malestar su recuerdo.

BALTUS. Pues no puede negarse que acierta en sus presagios. Me predijo que al fin llegaría a ser médico... Y aunque bastante, al fin, lo soy.

FRITZ. ¡Lo que habría que averiguar es lo que pronosticara a los que se fiasen de vuestra ciencia! Aunque yo sin pronósticos, me lo sé. (*Entra Constanza.*)

ESCENA VI

Los mismos. CONSTANZA

CONS. Ya estoy aquí... ¿Tardé?

LEOP. No, por Dios. ¿Ya lo has dispuesto todo?

MOZ. Esperamos una visita; Constanza.

CONS. (*Rápidamente.*) ¿Otra? (*Al ver que se ríen.*) ¡Oh, perdonad...! ¿Y quién?

LEOP. El señor Arzobispo de Saltzburgo.

CONS. ¿Y... se queda a cenar? (*Perpleja.*)

MOZ. ¡Ingenuidad como la suya...!

CONS. ¡Ah! ¿Pero es aquel que te arrojó de su palacio... así...

MOZ. De un puntapié. Abreviemos.

CONS. ¿Y vas a recibirle? No; ¡ya verá quién es tu mujer!

MOZ. Bastante harás con prepararme el traje de gala.

CONS. ¡Madre mía, cómo está ese mercado... el Marktplace! (*Acciona exageradamente.*) ¡Qué de gente embriagada con la locura del comer! ¡Qué faisanes! ¡Qué trufas...! ¡Qué pavos cebados!

BALTUS. ¡Oh, no sigáis, señora!

CONS. Pues nosotros no hemos de hacerlo mal. Os lo prometo. (*A Mozart, que gestea.*) Sí, sí; no me mires.

MOZ. ¡Poco habrás podido hacer con un florín!

CONS. (*Volviéndose a Leopoldo.*) Pero antes, papá, haced la cuenta de nuestros invitados.

LEOP. Empieza.

CONS. Ante todo el señor Mozart padre, un señor atusadito y bien conservado, que respira bondad y simpatía por todos los poros...

MOZ. (*A su padre.*) ¡Ahí tienes...!

LEOP. ¿Elogio sincero?

CONS. El señor... (*Recordando.*)

BALTUS. Baltus... estudiante... ¡Digo médico, al fin!

CONS. El señor Fritz Hagenaüer...

FRITZ. Que no es, ni será, cliente del señor Baltus...

CONS. Eloísa... los dos niños. (*A Leopoldo.*) ¿Cuántos?

LEOP. Van seis.

CONS. Con el marido de mi hermana no hay que contar. Es cómico. Está en Praga. ¡Hombre más áspero...!

LEOP. Van seis.

CONS. ¡Ah, es verdad, y mi marido y yo...

MOZ. ¿No se te olvida nadie?

CONS. (*Pensando.*) Que yo recuerde... ¡Ah! ¡Sí! (*Palmoteando.*) El señor medio escudo.

LEOP. ¡Qué nombre tan original!

CONS. ¡Pobrecillo! Una especie de pollo mojado, remetido en sus plumas. ¡El afinador! (*Riéndose.*)

MOZ. ¡Nueve...! ¿Pero cómo vas a arreglarte?

CONS. (*Parodiando al afinador.*) ¡Ya lo veréis...! ¡Señor Mozart! ¡Majestad...! Señor maestro de Capilla... ¡Y a todo esto un olor a vino...!

BALTUS. (*Aparte.*) Me sentaré a su lado.

CONS. ¿Pues y el menú?

MOZ. (*A Fritz.*) Es deliciosa.

LEOP. ¡Sigámosla el humor!

MOZ. Os digo, Fritz, que es la alegría de la casa.

FRITZ. Lo mismo que mi Gretel hace quince años.

CONS. Sopa de habas en «mi», con carne en «re» y acompañamiento de tenedores.

LEOP. Muy lírico es eso.

CONS. Estamos en casa del señor Mozart.

MOZ. Que tiene una musa privilegiada.

LEOP. Eso estoy viendo.

CONS. Suite. Solo de clarín... (*Imitando el acto de beber.*)

FRITZ. Por el señor Baltus.

BALTUS. Y con sostenidos que harán su efecto.

MOZ. (*Aparte.*) En mi bolsillo. ¿Se ha vuelto loca? ¿A dónde irá a parar?

CONS. Faisán. Compotas. Vino del Rhin.

BALTUS. ¡Oh! Allegro, allegro!

CONS. Ma non troppo. ¡No hay coda!

MOZ. (*Sin poder contenerse.*) Mira, oye Constanza. Con la venia de todos. Son secretitos familiares.

LEOP. Comprendo. (*Los hombres se ponen hablar.*)

MOZ. (*Aparte a su mujer.*) ¿Has perdido el jui-

cio? ¿Lo trajiste al fiado? ¡Un faisán! ¿Y mañana?

CONS. ¡Las plumas! ¡Cállate!

MOZ. Es que estoy consumido.

CONS. Salí corriendo y...

MOZ. Y qué necesidad había de...

CONS. Llegué sin aliento al palacio de nuestra bienhechora la Baronesa de Waldstteu.

MOZ. ¡Oh, qué habrá dicho...!

CONS. Se alegró porque nos preparaba esa sorpresa, y apenas me vió me lo dijo. Nos mandará viandas, ¡todo!, ¡hasta cubiertos!; de modo que no hay sino engullir. Señores... (*Volviéndose a todos.*) ¡Será noche grande! No es justo que mientras se sacian los estómagos elegidos, mi Juan y yo, que soy tan parte suya, y todos, nos quedáramos mirando a la luna. (*A Mozart empujándole hacia el lateral izquierda.*) ¡Vamos, vamos! ¿Qué piensas? ¡Deprisita, marido! (*Haciendo una reverencia cómica mientras Mozart con la la mano en la cortina, la mira embelesado.*) Su Majestad, el gran maestro de Capilla, el señor Mozart, va a vestirse. (*Entran.*)

BALTUS. Le envidio.

FRITZ. Con una mujer así no hay penas posibles.

LEOP. ¡Quién sabe! (*Paseándose nervioso.*)

FRITZ. ¿Qué, no estáis satisfecho?

LEOP. Frizt. ¿no os parece algo derrochadora? ¿A qué viene...?

FRITZ. Su situación no parece lo más desahogada, en efecto...

BALTUS. Las apariencias engañan muchas veces.

LEOP. ¡A mí no! ¡Claro! Por mucho que trabaje... Y ahora cuenta con mi bolsillo... ¡Tal se mostró de esplendida! ¡Pues se equivoca! ¡Estoy hecho al orden y no al despilfarro! Ya sabía yo... (*Campanilla.*) ¡Hola...! A ver.

CONS. (*Apareciendo un instante.*) ¿Llaman?

FRITZ. ¡Yo voy...! ¡Yo voy...! El pasillo no es largo.

CONS. Gracias. (*Retirándose.*) ¡Oh! ¿Será Su Grandeza? ¡Corred, Baltus!

BALTUS. Corro.

LEOP. Apartad esa copa. (*Por el brasero.*) ¡A ver, este cestillo! (*Retirándole.*) ¡Nada! ¡El desorden por todas partes! No se han preocupado de lo esencial.

FRITZ. (*Desde la puerta.*) Su Grandeza el señor Arzobispo de Saltzburgo.

ESCENA VII

Dichos. El ARZOBISPO y el FAMILIAR. Entran. El arzobispo es hombre de rostro frío, duro, seco, autoritario. En lugar de la dulzura evangélica, la altivez. Viste una especie de ancho balandrán negro, sobre la sotana anchita, con cuello ancho, caído y tirado hacia atrás en forma de capucha. Por delante, y bajo el alzacuello que termina en dos alas de babero como los de los jesuitas, una banda corta de moaré o collar, que sostiene una enorme cruz de pedrería. Usa peluca sin cola ni lazo, y sobre ella un solideo, también color amatista. El familiar, de negro, con vivos amatista.

LEOP. ¡Grandeza...! ¡Estoy confundido! (*Besándole el anillo episcopal como, Fritz y Baltus.*) Quisiera ofreceros... ¡Monseñor, en tan humilde casa...!

ARZ. Breve tiempo estaré. Acercadme esa silla. (*Se sienta y el familiar se coloca al respaldo en pie.*) ¿Y el pájaro?

LEOP. Vistiéndose, señor, para presentarse dignamente ante Vuestra Grandeza. (*El Arzobispo ve que Frizt y Baltus se escurren hacia el fondo.*)

ARZ. ¡Quedáos! ¿Quiénes son estos?

LEOP. Gentes de Saltzburgo, señor; súbditos vuestros y amigos míos.

ARZ. ¿Músicos acaso?

BALTUS. Médico, para servir a Vuestra Grandeza.

ARZ. Os tomé por un violoncelista.

BALTUS. Y toco el violón a ratos. Todo al servicio de Vuestra Grandeza.

(*Dirigiéndose a Leopoldo y refiriéndose a Mozart.*) Espero que le habréis convencido.

LEOP. Monseñor, aún no tuve tiempo de hablarle.

ARZ. Su soberbia está en pugna con su linaje humilde. ¿Qué más puede apetecer que servir en mi casa?

LEOP. ¡Alta honra fué!

ARZ. Comprendo que el Conde del Arco le trató con dureza excesiva.

LEOP. Eso dice.

ARZ. Nunca los inferiores interpretan fielmente las órdenes que se les dan. Pero a fé que él se mostró como un títere impertinente.

LEOP. Monseñor, acordáos de que soy su padre.

ARZ. Mi autoridad está más alta que la vuestra, señor Maestro de mi Capilla.

LEOP. ¿Cómo pagaros tanta bondad?

ARZ. ¡Obedeciéndome!

ESCENA VIII

Los mismos. MOZART. Después CONSTANZA

MOZ. (*Presentándose y después de hacer una leve reverencia.* Según y cómo, Monseñor.

BALTUS. (*Aparte.*) ¡Duro...!

ARZ. (*Tendiéndole la mano que Mozart, besa con frialdad.*) Hola, mi pequeño rebelde.

MOZ. Ni rebelde, ni pequeño, aunque otra cosa se figure Vuestra Grandeza.

LEOP. ¡Hijo...!

ARZ. ¡Pero orgulloso, sí!

MOZ. Digno, Monseñor.

ARZ. Pues no lo parece.

MOZ. Hay quien no teniendo una exacta idea de la dignidad la confunde con el orgullo.

ARZ. Creo que me faltas, tal vez sin darte cuenta.

BALTUS. (*A Fritz.*) ¡Para eso se ha puesto de gala!

FRITZ. ¡Callad...! Tiemblo por lo que pueda ocurrir...

MOZ. No es esa mi intención. Yo agradezco a Vuestra Grandeza los beneficios que hace a mi padre.

ARZ. Pruébalo.

MOZ. ¿De qué modo?

ARZ. Volviendo con él a Saltzburgo, a mi casa. Te daré ochocientos florines.

MOZ. Más me ofreció Federico el Grande y no dejé a mi Emperador.

ARZ. ¡Que no te da nada!

MOZ. Pues aun así. Ya véis que tampoco soy interesado.

ARZ. ¡Pero eres soberbio!

MOZ. ¡Os probé no sucumbir a esa mala pasión cuando me arrojásteis de vuestra casa de un modo que tanto debía he-

rir mi dignidad, sufriendo la afrenta con cristiana resignación!

ARZ. Ya he dado a tu padre la disculpa posible. Eres rencoroso entonces.

MOZ. Tampoco Monseñor. Es un sentimiento más noble el que me guía, que acaso desconozca Vuestra Grandeza.

ARZ. ¡Qué vas a decir!

MOZ. ¡Oh, no os alarméis...! Es sencillamente el deseo de ser libre, de no trabajar asalariado, y sometido, sino dejándome llevar solo por las propias ideas, por la inspiración de que el Poder Divino se sirvió hacernos gracia.

ARZ. ¿Crees honrar a Dios dedicando las luces que te concede a fomentar ese antro de perdición abominable que se llama teatro?

MOZ. Es el templo del arte, Monseñor.

ARZ. Tu puesto no está ahí. No es noble el oficio de humanizar locas figuras de la fantasía, que canten músicas profanas... Ya sé que te seduce esta falsa gloria; conozco los grandes triunfos que en ese arte nefando has conseguido.

MOZ. ¡Gracias a Dios!

ARZ. Pero corresponderías más dignamente al favor divino, dedicándote a componer misas y motetes, sonatas y canciones...

MOZ. Que alegren vuestra sacratísima mesa.

ARZ. ¡Mozart!

LEOP. ¡Por Dios, hijo, que nos pierdes a todos!

BALTUS. (*A Fritz.*) ¿Qué os parece Fritz...? El chico es un encanto.

FRITZ. ¡Prudencia...!

ARZ. Olvidas que me perteneces como súbdito mío... Pero no he de recurrir a mis derechos inapelables. Soy ante todo Príncipe de la Iglesia, joven, y así procuraré emplear la dulzura para convencerte. Tu padre está solo.

MOZ. Que venga a Viena conmigo. No deseo otra cosa.

ARZ. Tu padre no puede vivir con un hijo inobediente.

MOZ. Eso, Monseñor, es cuenta suya y mía. Del cariño que le tengo no puede dudar.

ARZ. En fin, ¿vienes o no? Piénsalo bien.

MOZ. Me quedo.

ARZ. ¡Te acordarás de mí!

MOZ. Me acordaré para bendeciros, que es lo que vuestra grandeza debiera hacer...

ARZ. (*Levantándose.*) Y te bendigo, Mozart; te bendigo, aunque temo que estés influído por el demonio.

MOZ. ¡Monseñor!

ARZ. Esa terquedad tuya parece la ciega obediencia a un poder fatal que guía tu destino...

MOZ. (*Vivamente con emoción supersticiosa que cam-*

bia su altivez en súplica.) ¡No me deje vuestra Grandeza esa impresión penosa...! Impetrad para mí la gracia de Dios. (*Campanilla dentro.*) ¡Es él... él...!

CONS. (*Trayendo una lámpara, que deposita sobre la mesa.*) ¡Perdón...! Juan, un caballero desconocido... (*Y se presenta en la puerta el Incógnito, vestido como en el prólogo.*)

MOZ. ¡Mi fatalidad!

ESCENA IX

Los mismos. El INCOGNITO

FRITZ. ¡El hombre negro!

BALTUS. ¡Toma...! Si es mi amigo el de «La Espita de plata...!

INCOG. (*Avanzando resuelto.*) Salud, señores. Que la paz sea con todos.

ARZ. (*Al familiar.*) ¡Vamos, vamos!

FAMILIAR. (*Inclinándose.*) A la orden de vuestra grandeza.

INCOG. (*Friamente.*) Quedáos, Monseñor, si gustáis.

ARZ. (*Con ironía.*) ¿Quién sois para dignaros concederme vuestra licencia?

INCOG. Un hombre que viene de Francia.

ARZ. ¡País detestable!

INCOG. ¡Pueblo sublime, donde ocurren cosas que conviene saber a los reyes, a los príncipes y a los prelados, ahora que el

mundo al fin despierta. ¡Hola, amigo Mozart! (*Tendiéndole la mano, que Mozart no estrecha.*) ¡Ah! ¿Rechazáis mi mano? (*Volviéndose hacia el Arzobispo*) Y bien, Monseñor, traigo malas noticias.

ARZ. Aun las noticias tristes buscan portadores muy a propósito. Quedad con Dios.

INCOG. (*Con gran calma, irónica.*) ¿Va a Palacio Vuestra Grandeza?

ARZ. ¿Y si fuera a Palacio...? (*Insolente.*)

INCOG. Podríais adquirir un prestigio inmenso dando al Emperador una nueva importantísima, que ignora. ¡Pero... si no queréis, dejadlo! (*Encogiéndose de hombros y dirigiéndose a Mozart.*) Señor Mozart, vengo a cumplir un encargo cerca de vos.

MOZ. ¿Vos... un encargo?

ARZ. (*Altanero, tras de reflexionar un instante.*) Dadme esa noticia.

INCOG. (*Con desdén.*) Suplicádmelo.

ARZ. (*Aparte.*) Yo abatiré tu soberbia (*Alto.*) Os lo ruego.

INCOG. Decidle, pues, que empieza a cumplirse el presagio que, según afirman, un misterioso brujo hizo a su hermana María Antonieta, la augusta esposa de Luis XVI. Las turbas han invadido Versalles. Veo a los reyes en gravísimo peligro.

ARZ. ¿Qué decís...? ¡Estáis loco!

INCOG. Por desgracia, no. Volad antes de que

lleguen los correos y os malogren el éxito.

ARZ. Pero... ¿teméis...?

INCOG. Lo temo todo de la exaltación popular.

ARZ. Sería abominable. Dios no ha de consentirlo.

INCOG. ¡Lo tienen tan olvidado los que le invocan...!

ARZ. Mozart, piensa en lo que te dije.

MOZ. ¡Señor...!

ARZ. Que el Divino Poder nos asista a todos. (*Haciendo una reverencia, a la que todos responden, y dirigiéndose al familiar al salir.*) Es preciso averiguar quién es este hombre. (*Vanse.*)

ESCENA X

Los mismos, menos el Arzobispo y el Familiar. CONSTANZA. Constanza aparece, curiosa, y va adelantando poco a poco hasta colocarse junto a su marido.

MOZ. (*Aparte.*) ¡Antonieta! (*Alto.*) ¡La Reina en peligro...! ¡No puede ser!

LEOP. ¡Atacar a los Reyes es revolverse contra el Sumo Hacedor!

BALTUS. ¿Quién sabe?! Cunde en toda Alemania el fermento y las Universidades reciben con júbilo las noticias de Francia.

CONS. (*Aparte.*) ¡Aún piensa en ella!

INCOG. El destino se cumplirá.

MOZ. ¡Oh, decid que quisísteis burlaros de Monseñor, y os lo perdonaremos.

INCOG. Tan cierto es lo que dije, como que en los días que quedan finalizará el último año de la vida de vuestro Emperador José.

MOZ. ¡Me aterráis!

INCOG. Más os aterraríais si pudiérais saber...

MOZ. ¡Oh callad...! ¿Por qué perseguirme con vuestros fatales presagios? ¿Por qué os aparecéis siempre a entenebrecer mi alegría...?

INCOG. ¡Terco y supersticioso...! ¡Si os admiro...! ¡Si deseo vuestro bien! Imagináis cándidamente que soy nada menos que el mal espíritu, cuando soy sólo un pobre diablo, que sabe por casualidad algunas cosas y deduce de su gran experiencia las que pueden sobrevenir.

MOZ. Es que tan sólo vaticináis desdichas.

INCOG. No vengo a pronosticaros ninguna. Dejadme que os dé cuenta de la misión que traigo.

MOZ. Decid.

INCOG. Una alta persona, a quien sirvo, y que también os admira, desea que le escribáis un Requiem.

MOZ. ¿Un Requiem...? ¿Para qué?

INCOG. Ese es el secreto de mi señor.

BALTUS. ¿Pues sabéis que es una noche apropósito para esos encarguitos?.

INCOG. Hasta las importunidades tienen su lugar señalado en el tiempo. ¡A lo que

estábamos, señor Mozart! (*Sacando un abultado bolsillo.*) Mi señor desea pagaros espléndidamente.

MOZ. ¿Y si renunciase?

INCOG. ¡Allá vos! ¡Con hacer el encargo, cumplo.

MOZ. No acepto, pues...

INCOG. Os engañáis. En vuestro cerebro ha germinado ya la idea de esa misa, que tiene más alcance del que podéis imaginar.

MOZ. Renuncio. Coged vuestro bolsillo. (*El Incógnito que ha dejado el bolsillo sobre la mesa, lo levanta haciendo sonar las monedas.*)

INCOG. Mirad que son buenos ducados de oro.

CONS. (*Bajo a su marido.*) Cuando te den dinero, cógelo, aunque sea del diablo...

INCOG. ¡Reid! ¡Divertíos! ¡No os preocupéis! Cuando yo considere que el trabajo pueda estar concluído, volveré en su busca. (*En disposición de marcharse.*) ¡Adiós señores! (*Nadie le contesta. Riéndose. Pequeña pausa.*) Aprecio en lo que valen vuestros efusivos saludos. (*Nadie se vuelve a despedirlo.*) Es noche de alegría... Y esa bolsa repleta os permitirá aumentarla como deseo... ¡Adiós! (*Desaparce.*)

ESCENA XI

Dtchos, menos el Incógnito. Después el UJIER

LEOP. (*Vivamente.*) ¡Oh, este hombre tiene algo de extraordinario!

MOZ. ¿Os convencéis? ¡Le aborrezco! ¡Es el mismo...!

FRITZ. Sí, el hombre negro de Saltzburgo... ¡el de la eterna sorna!

CONS. Es José Bálsamo.

MOZ. Es el diablo.

CONS. ¡Jesús...!

BALTUS. Pues le prefiero al Arzobispo, que este al fin y al cabo da su vino y su oro.

MOZ. (*Viendo que su mujer se dispone a coger el bolsillo.*) ¡No toques ese dinero! ¡Está maldito!

CONS. (*Riéndose.*) ¿Maldito...? Ya verás...! (*Campanilla.*) ¡Los reposteros! (*Sale y se la oye decir.*) ¡Por aquí...! ¡Por aquí! (*Palmoteando desde la puerta.*) ¡Oh! ¡Qué regalo tan espléndido! Papá... (*A Leopoldo.*) Dadme algún escudo.

LEOP. (*Bajo a Fritz.*) ¿No os lo dije?

CONS. (*Cogiendo el bolsillo que está sobre la mesa.*) O si no, dejad... (*Yendo hacia la puerta.*)

LEOP. Trae... (*Por el escudo.*) No cambies, yo tengo.

CONS. (*A un ujier que aparece en la puerta con un gran cesto de viandas, que Constanza coloca*

sobre un mueble.) Tomad. Nuestra gratitud a la señora Baronesa. (*El ujier toma el dinero, saluda y se retira.*) ¿Pero quién viene... ¡Ah! Si es Eloísa...

ESCENA VII

Dichos, ELOISA. Los dos hijos de Mozart.

CONS. (*A Eloísa, que aparece con los dos niños.*) Eloísa, ahí tienes a nuestro padre. (*Por Leopoldo.*) ¡Hijos míos! (*Besando a los pequeños.*) ¡Juan!, encárgate de las presentaciones. Fritz Hagenauer, venid.

FRITZ. Os sigo.

CONS. Venid, señor Baltus.

BALTUS. ¡Os obedezco!

MOZ. ¡Pero mujer!

CONS. ¡Nada, nada! ¡Empieza mi imperio!

ELOISA. (*Inclinándose ante Leopoldo.*) Señor...

LEOP. Sed bien venida.

MOZ. Este es el abuelito. (*Cogiendo a sus hijos en brazos y besándolos apasionadamente.*)

LEOP. Muy bellos son. (*Cogtendo al nene.*

NIÑO 1.º. ¿El abuelo?

LEOP. Sí, hijo, sí, el abuelo.

NIÑO 1.º. Pues dame cuartos.

LEOP. ¡Cómo se parece a su madre! (*Baltus y Fritz aparecen con dos candelabros llenos de bujías.*)

MOZ. (*Sorprendido, a su mujer.*) ¿Pero eres una maga?

CONS. ¡Ahora sí! (*A Fritz y a Baltus.*) Esperad. (*Va y viene de la habitación inmediata, trayendo manteles, etc.*) ¡Eloísa, quítate ese abrigo y ayúdame a tender los manteles!

ELOISA. (*Obedece.*) ¡Estoy sorprendida, estoy. .!

CONS. Tardando.

ELOISA. Voy presurosa, hermana. (*Quitándose el abrigo y ayudándole.*)

LEOP. Está visto que la mujer es el rival del diablo...

BALTUS. Cuando no es su cómplice.

CONS. ¡Ajajá! ¡Dejad aquí los candelabros, a los lados de la lámpara! ¡Así...! (*Yéndose hacia el fondo para traer el cesto, del que, ayudada por Baltus, va sacando los vinos.*)

BALTUS. ¡Johannisberg! (*Relamiéndose.*)

CONS. (*A su marido.*) ¡Juan... los platos!

MOZ. ¡Mujer...!

CONS. No quiero mirones. (*A los niños, mientras trajina.*) ¿Tenéis hambre, corderos...? ¡Ahora, ahora, voy con vosotros! (*Eloísa se ríe viendo a Mozart que quería cogerla los platos que trae.*)

ELOISA. No, deja; esto no es cosa de hombres.

MOZ. (*A su mujer.*) ¡Pero... estate tranquila...! ¡Mareas!

CONS. (*Respirando.*) Y ahora, señor Mozart, esposo mío, permitid que vuestra hada os

festeje en esta Nochebuena dichosa... ¡Todo lo merece vuestro genio, vuestra bondad, vuestra gentileza! (*Campanilla. Entra el afinador, muy emperegilado y muy ridículo.*)

AFI. ¡Señores! ¡Señoras...! ¡Ilustre maestro de Capilla...

FRITZ. (*A Leopoldo.*) Buen tipo.

BALTUS. ¡Qué original!

CONS. Señor Witbargen, os esperábamos...

AFI. (*Azorado.*) ¡Me retrasé... sí... disculpadme...! Quise probaros mi gratitud... mi admiración al ilustre... (*Mostrando una flor que ha ocultado a su espalda hasta este momento.*)

CONS. ¡Hola! ¿Qué me traéis?

AFI. La única camelia que he podido encontrar; pero si os dignáis aceptarla...

CONS. (*Tomándola.*) ¡Oh, qué preciosa! ¡Cuánta delicadeza! ¡Cómo agradeceros, señor Witbargen...! Pero esto vale más de medio escudo.

AFI. ¡Y qué importa!

MOZ. Witbargen, sois un hombre excelente.

CONS. La flor presidirá la mesa. (*Poniéndola en un vaso. A todos.*) ¡Desarrugad los ceños! Es la noche en que nació Jesús y en que nacen mis esperanzas. ¡Alegría! (*De pronto su tono voluble se trueca en reposado, y dirigiéndose a Leopoldo, haciendo que sus palabras sean la reconvención de un espí-*

ritu que adivina al otro, dice tomándole una mano.) ¡Padre... no me tengáis por loca! Es que soy feliz, muy feliz viéndoos a nuestro lado y viendo la dicha de todos.

MOZ. ¡Eres mi premio en esta vida!

CONS. (*Corriendo hacia sus hijos.*) Ahora venid vosotros para que os coma a besos.

MOZ. (*A Leopoldo.*) ¿Qué pensáis, padre?

LEOP. (*Emocionado.*) ¡La bendigo mil veces!

MOZ. Sí, con ella la vida es la felicidad, por muchas amarguras que nos sobrevengan en el camino... Y en tanto que nos sirven la cena, escuchad la más sentida de mis canciones, que me inspiró la ventura de su cariño. (*Se sienta al clave, comienza a cantar, acompañándose él mismo, y al concluir la canción aparecen en la puerta Constanza y Eloísa, la primera con la sopera humeante. Todos aplauden, los niños palmotean de júbilo, y en esta expansión de alegría cae el telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EL ÚLTIMO SUEÑO DE MOZART

ACTO TERCERO

l último sueño de Mozart. 5 Noviembre 1791

Personajes del acto tercero

CONSTANZA.
ELOISA.
MOZART.
EL INCÓGNITO.
BALTUS.
ROSET.
SUMMAYER.
SCHIKANEDER.
CROSET.
NIÑO 1.º, hijo de Mozart.
NIÑO 2.º, ídem íd.

ACTO TERCERO

EL ULTIMO SUEÑO DE MOZART

Amplio despacho en el domicilio de Mozart, en Viena. Muebles reveladores de una opulencia que pasó entre el acto anterior y éste. En el fondo hay otra habitación El arco que da acceso a ésta permite ver un lecho con dosel y cortinas. A la derecha o en este lado del fondo, puerta que da a un pasillo. En el chaflán que rompe la esquina de este lado chimenea con lumbre, y en el testero derecha, puerta a las habitaciones interiores. A la izquierda, en sentido un poco diagonal, gran mirador con cristalería artística, por la que se ve un fondo de ciudad nevada. La capacidad de este mirador permite que en el hueco haya algunos muebles, como un veladorcito y dos sillones. Cerca de él una percha, de la que pende una jaula con un canario (cuyos trinos deben oirse cuando lo indique el diálogo). Librerías con libros y partituras coronadas por bustos de músicos célebres, anteriores a Mozart, y objetos de arte. Un armonium y cerca de él un sillón. Un reloj de caja y otros muebles apropiados: sobre uno de ellos un violín con su arco.

Al final, cuando se indique, entrará por el mirador un rayo de sol que, cayendo sobre la figura de Mozart y las que lo rodean, las bañará en luz.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Oyese dentro una campanilla y un instante después aparecen por la puerta de la derecha Constanza y por la del fondo Eloisa, que viene de la calle.

ESCENA PRIMERA

CONSTANZA y ELOISA

ELOISA. Soy yo, hermana mía. ¿Y nuestro enfermo?

CONS. Creí que era él.. Ha salido después de muchos días de forzosa quietud apro-

vechando la caricia del sol, a dar un corto paseo al Prater, con sus amigos Baltus, Roset y Summayer. ¡Los únicos que no le abandonan! ¡Está mal, muy mal...!

ELOISA. ¡No llores mujer! Aún...

CONS. Decae visiblemente. Tú que no le ves hace días pensarás lo que yo. ¡Dios mío...! ¡Se va y me quedo con mis hijos y con mi infortunio!

ELOISA. (*Abrazándola.*) ¡Pobre! ¡Cuánto sufres!

CONS. ¡Ni una mano amiga!

ELAISA. Y los que quisiéramos valerte... ¡ya ves! Con el sueldo mezquino del teatro... ¿Por qué no recurres a los hijos de tu antigua protectora la Baronesa...?

CONS. Porque los hijos no son como su madre. Porque Juan me prohibe reclamar el auxilio ajeno. ¡Si yo hubiese corrido a los pies del trono y a los de sus compañeros; y a los de todo el mundo...! pero al trono de Leopoldo II, es difícil llegar, y los amigos... ¡triste cosa!, a él tan bueno, tan santo... ¡le odian!

ELOISA. ¡Mujer...!

CONS. Sí; le odian, porque le envidian y desean su muerte. Hasta el último menestral tiene donde volver los ojos. El primer músico de Alemania el ¡genio!, como todos dicen, no tendrá apenas donde cerrarlos! ¡Y le envidian! Y el

pueblo dice: ¡Grande como Mozart! Y la Corte dice: Mozart es nuestro orgullo, y el pobrecito mío muere resignado, dejando a su familia otra muerte peor. ¡Oh, yo le envidio también!

ELOISA. Comprendo tu desesperación.

CONS. ¡Inmensa!

ELOISA. Pero... disimula. Si él nota...

CONS. ¿Te parece poco lo que disimulo? Todo el día colgada de mi boca la embustera sonrisa, procurando fingirle mi alegría de siempre... pero ¡es inútil!, porque a través de esa sonrisa lee de corrido en mi corazón. Además él es el primero que habla de su próximo fin como cosa segura, irremediable, que sólo le apena por mi dolor y por la suerte de nuestros hijos... Resignado, humilde, con su dulzura y su bondad, cuando me sorprende llorando exclama para consolarme: Ten fortaleza Constanza mía, Dios lo ha dispuesto así!

ELOISA. ¡Es doloroso!

CONS. ¡Es tristísimo, hermana! (*Campanilla.*)

ELOISA. Han llamado...

CONS. Sí, es mi ídolo... Ven. Que abra Marta, no quiero que me vea así. (*Se lleva a su hermana por la derecha.*)

ESCENA II

MOZART. BALTUS. SUMMAYER. ROSET. Por la puerta del fondo entran Summayer, Baltus y Roser. Mozart, demacrado y abatido, con el sombrero de tres candiles puesto, con un amplio gabán de cuello de piel, apoyándose en su bastón. Después de entrar Summayer, y dejando una pequeña pausa, que dará motivo a la expectación del público, Mozart intenta despojarse del gabán, apresurándose Roset a evitarle este trabajo.

MOZ. ¡Treinta y cinco años!

ROS. ¿No tendréis frío?

MOZ. No; aquí se está muy bien. (*Baltus le libra del sombrero y Mozart se dirige hacia el sillón donde se sienta.*) Ya véis el triste fin de un hombre alegre que todo lo vió envuelto en claridad de rosa.

BALTUS. Y que volverá a verlo.

MOZ. ¿Estáis seguro?

BALTUS. Sí; cuando no hablo en médico acierto siempre.

MOZ. Y como médico aseguráis...

BALTUS. Que estáis gravísimo... (*Riendo. Roset y Summayer rien para animarle.*)

MOZ. Pues ahora decís la verdad.

SUM. Despreocupáos, maestro.

BALTUS. ¡Si todo es imaginación!

MOZ. ¡Todo! sí; imaginación fué pensar en este último tiempo de mi breve fortuna, burla de la suerte, que todo iba a seguir

lo mismo; imaginación fué la gloria en que creí, las grandezas que me prometieron, los aplausos que me hicieron soñar. Imaginación fué suponer que mi cuerpo resistiría a todo este aluvión de imaginaciones, y... ¡ya lo véis!, ¡ya véis mi último otoño en el estío de mi vida!

ROS. ¡Mozart...!

MOZ. Os incomodo, perdonadme.

SUM. Sufrimos porque os vemos sufrir.

MOZ. Soy un egoista.

BALTUS. Somos amigos vuestros.

MOZ. Por eso me desahogo... Luego, vosotros, jóvenes, llenos de vida y de salud, saldréis con la mala visión en la retina; pero la claridad, el ruído de la calle, pone velos de olvido sobre las amarguras, mientras yo, aquí solo con ella, fingiendo, mintiendo, riéndome, cambio el dolor en caricatura de alegría y no la engaño, aunque quiero engañarme también.

ROS. ¡Sosegáos maestro, sosegáos!

BALTUS. Mirad que toda excitación es peligrosa.

SUM. Nos alarmáis.

MOZ. (*Excitado realmente. Reanimándose. Declamando.*) Excitarse es vivir, ¡Es robar todavía los nervios a la saña de la parálisis que los aprieta! ¡En la pesadilla de mis noches me acongoja sentir mis músculos entorpecidos...! ¡Toda la luz,

toda la fuerza se refugia ya en este faro (*Señalándose la frente.*) que se encendió tan pronto; que parpadea ya... porque... ¡a nadie se lo digáis!, mi inspiración se agota... ¡no puedo...! Yo, el autor de ochocientas sinfonías, no puedo coordinar una idea para ese Requiem...

ROS. ¡Vuestra obsesión maldita!

MOZ. Maldita, sí, por la mano de quien vino; pero es mi obra maestra. ¿Lo entendéis? Si muero... (*Dirigiéndose a Roset.*)

ROS. ¡Maestro, por Dios...!

MOZ. La acabaréis, si...

ROS. ¿Yo?

MOZ. Jurádmelo.

ROS. ¿Quién continúa una obra de Mozart?

MOZ. (*Echando hacia atrás la cabeza desfallecida.*) ¡Ni aun eso!

BALTUS. ¡Amigo mío...! (*Todos le socorren.*)

SUM. ¡Abandonad ahora esa preocupación...!

ESCENA III

Los mismos. CONSTANZA y ELOISA

CONS. (*Entrando con Eloisa. Alarmada.*) ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

BALTUS. Nada. ¡Absolutamente nada!

CONS. ¡Juan mío! ¡Juan de mi vida!

MOZ. Aquí tienes un enfermo de quien nadie se acuerda ya.

ELOISA. ¡Eres un ingrato! ¿Y estos señores?, ¿y tu mujer?, ¿y todos los que te queremos?

CONS. No, si no somos nada, ¿verdad?

MOZ. (*Mirándola apasionadamente.*) ¡Tú, alma de mi alma! ¡Luz de mi vida! (*Sonriéndo tristemente a los demás.*) Estos son piropos que no ofenden a nadie.

SUM. ¡Por Dios!

CONS. ¿Y qué tal el paseo? ¿No tendrás queja de la tarde?

MOZ. Me animé un poco. Con tan buenos amigos... pero confiaba demasiado en mis fuerzas... ¡Cuánto me he acordado de tí...! Echaba de menos el dulce apoyo de tu brazo; la magia de tu voz, que contándome aquéllos cuentos deliciosos me distraía en mis tristezas como a un niño.

CONS. Volveremos juntos.

MOZ. ¡Ya no...! No veré más aquéllos árboles a cuya sombra soñé tanto...

CONS. Por Dios, no me entristezcas... No digas eso.

BALTUS. (*A Summayer, empujándole hacia la puerta.*) Dejémosles. Están en pleno idilio.

MOZ. ¿Os váis?

BALTUS. A vuestro despacho. A extender una fórmula...

SUM. Y a fumar una pipa.

MOZ. No os detengo... Andad.

BALTUS. (*A Summayer y Roset, mientras salen.*) No

hay sátira tan viva como la de un enfermo como este.

MOZ. Tú, Eloísa... tendrás que hacer... Por mí no te violentes...

ELOISA. Me aguarda mi marido; pero volveré más tarde.

MOZ. Si no tuvieras ese pretexto, inventarías otro.

ELOISA. (*A su hermana.*) ¿Oyes lo que dice?

CONS. Es por lo que os ama. Quisiera teneros a todos.

ELOISA. Adiós, hermana mía, adiós.

CONS. (*Un gesto de disculpa.*) ¡Hazte cargo! (*Vuelve presurosa junto a Mozart. Eloísa sale.*)

MOZ. ¡Te amo a ti, a ti sola...! A quien voy a dejar... Si alguien te propusiera...

CONS. ¿Qué vas a decir?

MOZ. Por ti, por nuestros hijos, acepta un nuevo matrimonio. Los muertos no sienten...

CONS. ¡Dios mío! ¡Deliras!

MOZ. (*Como quien despierta.*) Constanza, Constanza mía, ¿qué te dije? Esta pobre cabeza se va. Es una máquina que empezó a funcionar demasiado pronto.

CONS. ¡Escúchame, óyeme, Juan! ¡Blasfemas! ¡Dudas de Dios, hablando de tu muerte! Pero si por desdicha...

MOZ. Sí.

CONS. Tu Constanza te seguirá.

MOZ. ¡Nadie evita las leyes del mundo! Pues

sí... Gocé ese rato bajo los árboles... Los árboles, al paso del viento, son brujos que hablan y palpitan... y me hablaron de tí, Constanza... ¡Ese pájaro me molesta! (*Por el canario, que está cantando.*) ¡Pobre; ¡Cuántas veces me extasié con sus mágicos trinos!

CONS. ¿Me lo llevo?

MOZ. Sí; es el primer amigo de quien me separo. ¡Por algo hay que empezar! (*Vase Constanza. Con la jaula. Al quedarse solo Mozart sigue el curso de una idea fija que llega a transformarle*) Vendrá... ¿quién lo duda? ¡El hombre negro es fiel a su palabra! (*Volviéndose hacia el clave.*) ¡Hay que terminarlo! ¡Hay que...! (*Levantándose de súbito.*) ¡Suéltame, sillón condenado! ¡Soy joven! ¡Soy fuerte! (*Vacila.*) ¡Veamos! (*Se pone a revolver los papeles que hay en el clave.*) ¡Esa Constanza me oculta mi música preferida! ¡Hola! (*Andando.*) Pues estoy bien... quizá, sí, sea todo imaginación! ¡Animo, amigo! (*Paseándose.*) ¡Bien! (*Sacando un espejo del bolsillo de su casaca.*) Este no me engaña... sí; (*Mirándose.*) Hay más brillo en mis ojos. ¡Oh, si fuera posible! ¡Oigo ruido! (*Guarda apresuradamente el espejo y empieza a preludiar, de pie junto al clave. Entran Constanza y Schikaneder.*)

ESCENA IV

MOZART, CONSTANZA y SCHIKANEDER. Al principio de esta escena Mozart, sentado al clave, toca y canta, interrumpiendo el cantar, y no la música, para contestar a Schikaneder y seguir el diálogo.

CONS. ¿Qué haces? Mira quién viene aquí.

MOZ. ¡Oh, Schikaneder! Vos...

SCHIKA. (*Aparte a Constanza, mientras le da el sombrero.*) ¡Pues si me habían dicho...

CONS. (*Aparte.*) Si el cielo quisiera... (*Alto.*) ¡Qué alegría me das!

MOZ. Se alarman en seguida, Schikaneder... En cuanto me ven algo amodorrado... ¿Os sentáis?

SCHIKA. Con vuestra venia y con el mayor gusto; pero la señora...

CONS. No, yo os dejo. ¡Hablad! ¡Hablad! (*Aparte.*) ¿Será posible, Virgen mía? (*Sale Constanza.*)

MOZ. Os digo lo que mi mujer, Schikaneder, ¡hablad! ¿Traéis buenas nuevas?

SCHIKA. Magníficas. ¿Conque os halláis bien?

MOZ. Sí, sentí de pronto una nueva invasión de vida...

SCHIKA. Que aumentará con el placer que voy a daros,

MOZ. Ojalá.

SCHIKA. Mañana...

MOZ. ¿Qué? Decid...

SCHIKA. Estrenamos en Viena «La Flauta encantada».

MOZ. ¡Por fin!

SCHIKA. ¡No os podéis figurar mi alegría!

MOZ. Me la figuro y la comparto; pero... sería preciso que yo estuviera allí imprimiendo mi alma a la orquesta.

SCHIKA. Tiempo hay. ¡Reponéos! Las noches son terribles.

MOZ. Todo se vuelve contra mí. (*Con desaliento, dejando de tocar.*)

SCHIKA. Ya véis que no; hora tras hora, sensación tras sensación, vendré a comunicaros lo que ocurra.

MOZ. ¿Seréis tan bondadoso?

SCHIKA. Es mi deber...

MOZ. ¿Y... la presentan bien?

SCHIKA. Con un decorado magnífico, y ya sabéis que como director de compañía soy práctico en ello.

MOZ. ¡Oh, ya verán, ya verán los que me olvidan!

SCHIKA. Si no os olvida nadie, Mozart. Si el pueblo, os admira y os bendice y los nobles, a pesar de su orgullo, tienen el orgullo también de decir quién sois. ¡Venceremos! ¡La música es divina!

MOZ. ¿Y la letra? Aquella cancion del pajarero... ¿La recordáis?

SCHIKA. Está en nuestras dos almas.

MOZ. (*Cantando.*)
Soy el alegre, el feliz pajarero,
(*Pónese en pie y vacila.*)

SCHIKA. (*Sosteniéndole.*) ¡Gran Dios! ¿Qué os sucede...?

MOZ. ¡Nada! ¡Tranquilizáos! Un poco de debilidad. Todo irá venciéndose. Oíd. (*Se sienta al clave, toca la canción y canta.*)

ESCENA V

Los mismos. BALTUS, ROSET, SUMMAYER. Luego, CONSTANZA y los dos niños. Abrese la puerta y aparecen todos. Después asoman las cabecitas curiosas de los niños, que no se atreven a pasar de la puerta y escuchan desde allí

BALTUS. (*Aparte, fijándose en Mozart*) ¡Malo, malo!

ROS. Pero maestro, ¿conque os burlábais?

SUM. (*A Baltus.*) ¿Qué pensáis de esto?

BALTUS. ¡Nada agradable! (*Aparte a Summayer.*) Y tanto es así, que con el mayor secreto iréis ahora mismo a buscar al doctor Croset su médico de cabecera.

SUM. Me alarmáis; corro al instante.

BALTUS. Temo la postración que ha de seguir a esta energía, sospechosa en una naturaleza gastada (*Alto.*) Mozart... ¿quién os entiende?

MOZ. Dejadme... ¿qué sabéis?

CONS. (*Apareciendo detras de los niños.*) Aquí tienes tu pequeño público. (*Mozart sigue to-*

cando y cantando sin darse cuenta de nada. A Baltus.) ¡Ni lo ha advertido...! ¡Esperemos...!

BALTUS. Esperad, sí... (*Mozart de pronto se dobla sobre el clave. Alarma en todos.*)

BALTUS. ¡Lo que temía!

CONS. (*Con un grito penetrante.*) ¡Juan... Juan de mi alma!

NIÑO 1.º. ¡Papá...!

NIÑO 2.º. ¡Papá mío!

ROS. No lloréis, tontuelos. Ved, ya sonríe... Acercáos...

CONS. ¡Llora, Juan, llora! (*Le conducen hasta el sillón; él coloca cada mano sobre la cabeza de sus hijos y exclama amargamente.*)

MOZ. ¡Hijos! ¡Hijos míos!, ¿qué será de vosotros mañana?

BALTUS. ¡Qué ha de ser! ¡Lo de hoy! (*A Roset.*) Lleváos a esas criaturas.

MOZ Perdonad, Schikaneder.

SCHIKA. ¡Por Dios, maestro!

BALTUS. ¡Acostáos, Mozart!

MOZ. ¡Qué triste empeño!

BALTUS. ¡Ea! ¡Obedecedme, Constanza!

CONS. Vamos, ven, sé dócil.

BALTUS. El reposo os conviene.

MOZ. Schikaneder, no os vayáis.

SCHIKA. Espero... (*Se retira Mozart, apoyado penosamente en su mujer*)

MOZ. La última vez que me apoyo en tu brazo

Constanza. Ya tengo en mis labios el sabor de la muerte...

CONS. ¡Calla! ¡Calla! ¡Por tus hijos¡ Por mí...! (*Desaparecen detrás del lecho.*)

SCHIKA. ¡Así acaba una vida de gloria!

ROS. Cruel destino. Ahora que todo debiera sonreirle se encuentra enfermo, aislado y pobre... Porque si no fuera por nosotros, ¿eh?...

BALTUS. Es una triste verdad, pero vieja verdad.

ROS. Ya véis... el primero que debiera estar aquí es quien él quiere que le suceda en la Real Capilla... el dichoso Albrechstsbager, y yo, sin embargo, yo que nada espero...

BALTUS. Sois generoso.

ROS. Como debemos ser los hombres, amigo Baltus. (*Schikaneder pasea deteniéndose a veces para consultar su reloj.*)

BALTUS. (*A Roset.*) ¿Pero no véis lo que está sucediendo conmigo? Aquí no hay más médico que Croset, porque es célebre en Viena. Y sin embargo, yo que me he pasado en la facultad la vida entera... (*Empiezan a pasearse en sentido contrario a Schikaneder.*)

ROS. Si es que no se aprende, amigo Baltus.

BALTUS. No, no se aprende, amigo Roset. (*Schikaneder se oculta al fin tras las cortinas del lecho, por el fondo.*)

ROS. Y cuanto más bueno es uno, peor... ya

véis Summayer, su discípulo predilecto, como ha encontrado la manera de escabullirse.

BALTUS. ¡Alto! A Summayer le he mandado yo en busca de Croset.

ESCENA VI

Dichos y SUMMAYER. Entra Summayer muy agitado y dice a Roset:

SUM. ¿Tardé mucho?

ROS. Al contrario; estuvísteis muy diligente. De eso hablábamos ahora.

SUM. ¡Pobre maestro!

BALTUS. ¿Y el doctor?

CROS. (*Entrando.*) ¡Aquí está! !Dios os guarde, señores! (*A Baltus.*) Me tranquilicé sabiendo que os hallábais aquí. ¿Qué tenemos?

BALTUS. Recaída brusca, vértigos, pupilas irregulares; intranquilidad, fiebre, molestia.

CONS. (*A Croset, saliendo por detrás de las cortinas.*) Dios os trae; pasad. (*Pasa el doctor y sale Schikaneder.*)

SCHIKA. Esto se va, y deprisa. (*Se oye dentro la voz de Croset.*) ¡Señor Baltus!

BALTUS. ¿Me llamáis?

CROS. Sí, ayudadme.

BALTUS. Al momento. (*Mutis.*)

SCHIKA. (*Volviendo a pasearse y a mirar el reloj.*)

¡Qué maldita contriedad! ¡La hora del ensayo!

SUM. (*Indignado.*) Pues que lo suspendan todo, señor... ¡Se trata de su obra! ¡Ya véis cómo se encuentra! ¡No hemos de ser tan egoístas!

SCHIKA. ¡Pero... si es por él! Ya véis, en cuanto a mí, ¿qué más desearía?

SUM. ¡Ay, qué mundo, señor Roset!

ROS. ¡Estaba oyéndolo, Summayer! ¡No pensamos más que en lo nuestro! (*Aparece Croset. Roset corre a su encuentro.*) ¿Qué pasa?

CROS. Lo peor.

SUM. ¡Ay, Dios mío! (*Llevándose las manos a la cabeza.*)

BALTUS. (*Sale junto a Constanza.*) ¡Valor, Constanza!

CONS. ¡Si se me rompe el corazón! ¡Me ahogo!

CROS. ¡No hay que afligirse, amiga mía! Hay que ser fuerte y resignarse con lo que Dios nos dé... (*Summayer corre por una silla, y la sientan entre él y Baltus.*)

CROS. (*Con el tono indiferente de los médicos.*) Todos llevamos a la espalda el ángel del cáliz. Apurad el vuestro en silencio para no entristecerlo más.

CONS. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CROS. ¡Pobre mujer!

CONS. (*Levantándose de súbito para suplicarle.*) ¡Y no hay un remedio...! ¡Uno solo...!

(*Tendiendo desesperadamente los brazos.*) ¡Doctor, por lo que más améis! ¡Repasad bien vuestra memoria! ¡Algo habrá!

CROS. Nada queda. La ciencia se declara vencida. Si lo dudáis, buscad otra opinión!

CONS. ¡Si no dudo! ¡Me desespero!

CROS. Y ahora, perdonadme que me retire. Voy a ver al Emperador, que se interesa mucho por él.

CONS. ¡Es posible! Su Majestad se digna...

CROS. Sí, sí; os repetire sus mismas palabras: «¡Ah!— dijo—, si luego os acordáis, doctor, traedme noticias de ese pobre Mozart.» ¡Conque... adiós todos! ¡Calma, calma...! Baltus, si la fiebre sube, le colocaréis sobre la frente otra compresa de agua fría. ¡Y... nada más! ¡Adiós! ¡Adiós todos! (*Vase.*)

ESCENA VII

Dichos, menos CROSET. Se oye dentro la angustiosa voz de Mozart.

MOZ. Constanza, ¿estás ahí?

CONS. ¡Pobrecito mío! ¿Qué quieres?

ROS. Sí; aquí estamos.

MOZ. Pues descórranme las cortinas. ¡Quiero ver luz! (*Constanza descorre las cortinas, y aparece Mozart reclinado sobre dos almoha-*

dones.) ¡La última luz! ¡Qué triste es molestaros!

ROS. ¿A nosotros?

MOZ. ¡Ay, amigo Baltus! ¡Esto se acaba!

BALTUS. Esto, sí, el mal; la vida empieza...

MOZ. Pero es la otra vida: la de la gloria. ¿Qué hora es?

SCHIKA. (*Apresurándose a decirlo.*) ¡Las cinco! ¡Cómo pasa el tiempo!

MOZ. ¡Idos, Schikaneder! ¡Velad porque todo nos salga bien!

SCHIKA. ¡Oh, no hay prisa!

MOZ. Os oí decir; mejor dicho, adiviné que decíais: «¡Es la hora del ensayo!» ¡Marchaos, pues!

SCHIKA. ¡Amigo Mozart!

MOZ. ¡Os lo suplico, Schikaneder...! y gracias. (*Schikaneder se retira avergonzado, sin que nadie le salude ni con el ademán.*)

ESCENA FINAL

Los mismos, menos Schikaneder. Después, el INCOGNITO

MOZ. Constanza, ponme aquí (*Señalando bajo la almohada.*) mi reloj. Quiero saber... porque Schikaneder no volverá...No, yo seré quien siga en este círculo minuto a minuto... cuando empiece la obra. Sí; cuando empiecen a sonar mis notas, mientras yo... aquí. ¡No puedo...! ¡No puedo! (*Queriendo arrojarse del lecho.*)

CONS. ¡Juan, por Dios! (*Sujetándole.*)

SUM. Maestro...

BALTUS. ¿Qué intentáis?

MOZ. ¡Echad cuerda! ¡Rodead esa cuerda al pobre barco nuestro! ¡Que no se vaya...! ¡Si el mar no le quiere! ¡Si no hace ya más que escupirle su amargura! (*Se arroja definitivamente del lecho, y envuelto en una piel y sostenido por todos, va a situarse en el sillón.*)

CONS. (*Aparte.*) ¡Qué suplicio!

MOZ. ¿Qué decía...? Qué estaba diciendo, Constanza?

CONS. ¡Juan, deliras! ¡Nos asustas!

MOZ. ¿Pero yo qué pedía? Un poco de luz para mi último sueño. ¡El Requiem!

BALTUS. ¡Ya habrá tiempo!

MOZ. He de acabarlo. No puedo faltar a mi promesa. Estoy seguro de que aquel hombre vendrá por él... y si no se lo entrego volverá un día y otro... Quiero que sea mi obra maestra. Quiero oirlo, oirlo. ¿Entendéis? Traédmelo Constanza.

CONS. Es que...

MOZ. Obedece. Tú lo acabarás, Summayer, si yo no pudiera. (*Constanza sale.*)

SUM. Maestro... sería una profanación.

MOZ. ¡Tú...! ¡Tú tampoco! (*Vuelve Constanza con unos papeles de música.*)

CONS. ¡Ea! ¡Aquí está...! pero... modérate en el

nombre del cielo! ¡Estás agitado, nervioso! (*Pasándole la mano por la frente.*)

MOZ. (*Cogiendo con ansia las hojas y palpándolas.*) ¡Aquí está! Mi inspiración iba agotándose y no hay uno... uno solo... ¡Ah! Si viniera ese joven músico que hace algunos días llegó a pedirme ayuda... El se atrevería... es un mozo de gran talento, me hizo escuchar algunas de sus obras y le auguré, bien sinceramente, que llegaría a ser uno de los más grandes músicos de Alemania.

ROS. ¡Cuando vos lo decís...!

SUM. ¿Y quién es ese artista?

MOZ. No le conoceréis; es casi un muchacho... Se llama Beethoven... Roset, amigos míos... quisiera... Todos sabéis música... ¡Repentizad...! ¡Quiero oirlo, ver si un último destello...! ¡Quiero oirlo, como mi alma lo oirá cuando suene en mis funerales! (*Roset reparte los papeles, y Mozart se queda con uno, que pone en el atril del armonium. Summayer toma el violín, que está sobre un mueble. Acompañados por ambos instrumentos, todos cantan el Requiem, haciendo Mozart la voz de tenor y sus discípulos las de los bajos. Los dos hijos de Mozart asoman por la puerta de la derecha, avanzan de puntillas y se colocan junto a su madre, que está al lado de su marido. Por el fondo aparece el Incógnito que al observar el cuadro quédase inmóvil*

escuchando. A poco las manos de Mozart abandonan el teclado y caen pesadamente, su cabeza se inclina sobre el pecho y su cuerpo sufre el desmayo de la muerte. Sólo suena el violín y las voces de los bajos como una débil queja, porque ninguno se ha dado cuenta de que Mozart ha dejado de existir. Un rayo de sol entra por la vidriera del mirador y baña con su luz cárdena la figura de Mozart inmovilizada por la muerte. Constanza y los niños forman junto a él un doliente grupo. Se oye la voz del Incógnito, destacando opacamente sobre la música y las voces que aún suenan como un débil canto mortuorio.)

INCOG. ¡Tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Cómo se lo predije! ¡La llama que lo devora todo! ¡Me odió tomándome no se sabe por quién y sin embargo, yo era quien le admiraba más! ¡Reposa! ¡Alma martirizada! ¡Corazón de niño! ¡Tu Requiem, sin acabar, resonará en tus exequias y el mundo, como yo, sabrá enaltecer tu memoria...!

(*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

Precio del ejemplar:
TRES PESETAS